



Una Realidad más amplia

Historias desde
la periferia bicultural

Editado por Libia Brenda

Cuentos de Gabriela Damián, José Luis Zárate, Verónica Murguía,
David Bowles, Raquel Castro, Alberto Chimal, Julia Ríos,
y muchos más! ¡Trae un cómic en las páginas centrales!



UNA REALIDAD MÁS AMPLIA

HISTORIAS DESDE LA PERIFERIA BICULTURAL

**DAVID BOWLES / LIBIA BRENDA / RAQUEL CASTRO / FELECIA CATON GARCIA ANDREA
CHAPELA / ALBERTO CHIMAL GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE / ANGELA LUJAN / JULIA
RIOS / PEPE ROJO ILIANA VARGAS / JOSÉLUIS ZÁRATE / RICHARD ZELA**

EDICIÓN: LIBIA BRENDA



ESTE EBOOK ES DE DISTRIBUCIÓN LIBRE Y GRATUITA.



El contenido de este libro es gratuito y no se puede usar para fines comerciales.

Por los textos, imágenes y traducciones: José Luis Zárate Herrera, David Bowles, Julia Rios, Felecia Caton Garcia, Iliana Vargas, Angela Lujan, Raquel Castro Maldonado, Pepe Rojo, Mauricio Alberto Martínez Chimal, Gabriela Damián Miravete, Andrea de Lourdes Chapela Saavedra, Libia Brenda Castro Rojano, Richard Zela, John Picacio, Joey Whitfield, Adrian Demopulos, Megan Berkobien, Patricia Coral, Ruth Clarke, Jesse Ward, Kelsi Vanada

Edición: 2018, [Cúmulo de Tesla](#)

Imagen de portada: John Picacio

Edición y coordinación editorial: Libia Brenda Castro Rojano

Lectura de planas: Ariadne Ortega González

Diseño de portada: Pablo Defendini

Formación: Ana Paula Dávila

Rizoma

Libia Brenda Castro Rojano y Richard Zela

Historia: Libia Brenda y Richard Zela, (basada en una idea original de Libia Brenda)

Ilustraciones: Richard Zela

Editado en México, agosto de 2018

ÍNDICE

PRÓLOGO

AGRADECIMIENTOS

VALLAS

JOSÉ LUIS ZÁRATE

AZTLÁN LIBERADO

DAVID BOWLES

UNA VERDAD UNIVERSALMENTE RECONOCIDA

JULIA RIOS

MATACHÍN

FELECIA CATON GARCIA

KAN/TRAHC

ILIANA VARGAS

LA CARPETA

ANGELA LUJAN

ROSAS DE LA INFANCIA

RAQUEL CASTRO

DISPARA

PEPE ROJO

AQUÍ SÍ SE ENTIENDE TODO

ALBERTO CHIMAL

LA MÚSICA Y LOS PÉTALOS

GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

EL AIRE LIMPIO OLERÁ A ALBARICOQUE PLATEADO

ANDREA CHAPELA

RIZOMA

LIBIA BRENDA / RICHARD ZELA

PRÓLOGO

Me quebré la cabeza toda una semana para hacer un texto que pareciera un prólogo y no fuera ni demasiado personal ni demasiado subjetivo, porque tenía el prejuicio de que un prólogo que se respete “debe ser” literario, serio y formal. Pues no, voy a hacer exactamente lo que estuve evitando toda una semana, porque es lo que me sale más natural. Tengo cuatro páginas literarias, serias y formales y no las quiero leer ni yo. (El texto que sigue por lo menos me interesa a mí, porque es la más pura verdad.) Todo empezó con unos mensajes privados y unos correos que decían: “¿Y si hacemos un libro con nuestros cuentos?”. Las respuestas abarcaron del: “¡Sí, qué buena idea!, ¿en qué te puedo ayudar?”, al silencio absoluto, pasando por algunos: “Uy, no puedo hacer nada por ti, pero buena suerte”. Luego la cosa escaló cuando una dijo: “¿Y si se hace bilingüe?”, y otro: “Puede ser un flipbook”. Así que empecé a pedir cuentos, podrían estar publicados con anterioridad y escritos en español o inglés (de preferencia, ya traducidos a una de las dos lenguas). El resultado: doce cuentos y un cómic en inglés y en español; muchos inéditos, escritos o traducidos por primera vez para esta antología.

Siempre que alguien me pregunta a qué me dedico (y quieren decir en qué trabajo), me gusta responder que hago libros. Hacer libros no es, como sí es la escritura, una labor de concentración, soledad, tallero, cuidado de las palabras y silencio. Para esta antología en particular colaboró un equipo de veintisiete personas, contando autorxs y traductorxs, y hacerlo fue una labor colaborativa de voluntad, diálogo, paciencia, mucha cafeína, generosidad, locura, cientos de correos (sí, cientos), solidaridad, fuerza bruta, creatividad, largas horas de trabajo y auténtico talento. En el proceso fue fundamental que toda la gente involucrada estuviera bien dispuesta y lo hiciera sin esperar dinero ni nada a cambio (la campaña de Kickstarter vino mucho después); y, sobre todo, que siempre mantuviéramos el ánimo arriba.*

Estas trece historias son de gente mexicana y méxicoamericana, y nos inspiramos en

la Mexicanx Initiative de John Picacio, quien decidió que la Worldcon haría bien en recibir a cincuenta de nosotrxs para que estableciéramos un diálogo bicultural, internacional y, sobre todo, amistoso: ese es el mismo espíritu que animó la ejecución de este volumen. Otro de sus objetivos es que ayude a que se conozca más y mejor la labor creativa de quienes estamos en sus páginas. Estos cuentos son de una calidad tan alta que apostarí a un dinero de mi propia bolsa a que vamos a tener que reimprimir el tiraje: en estas historias hay horror, superhéroes, fantasmas, weird fiction, humor, fantasía, personajes queer, viajes en el tiempo, trucos de magia, zombis, un cómic, cholos y ciencia ficción; es decir, son historias de literatura de la imaginación.

Y a propósito de imaginación, en el discurso de aceptación del National Book Award de 2014, Ursula K. Le Guin habló de resistencia y de cambio.** Dijo que se avecinaban tiempos difíciles y sería necesaria gente que recordara la libertad: “Poetas, visionarixs: realistas de una realidad más amplia”. Bueno, si este libro tiene un valor además del literario, que ya es enorme, es que fue hecho fuera del esquema capitalista: no se vende, el ebook se va a liberar en septiembre y se podrá leer de manera gratuita en todo el mundo, no está pensado para perseguir una ganancia ni para que a nadie se le considere importante o con más valor que a alguien más.

Por todo lo que digo en los párrafos previos, este proyecto es el resultado del trabajo colectivo y es una gran felicidad haberlo hecho y haber trabajado con todas esas personas. Que sirva este libro para que nos conozcamos entre nosotros, desde al menos dos países, para que nos conozcan más lectores; este es un puente para transitar en dos sentidos, una puerta para que podamos entrar y salir sin tocar; es también una muestra de nuestro trabajo, es el resultado de un profundo acto de amor. Este libro es una pieza (pequeña, modesta, una de muchas en el mundo) que puede usarse para construir la libertad que queremos.

LIBIA BRENDA

*Nota para la edición digital: esta versión del libro no incluye el cuento de nuestra querida Verónica Murguía. Pero si quieren leerlo en español, pueden comprar esta antología en su versión digital: Atrapadas en la escuela (ant.), Selector (la venden la tienda más grandes de ebooks y de libros en papel y la tienda más grande de computadoras, teléfonos y música, con una fruta en el logo).

**Si no lo han visto, les recomiendo encarecidamente que antes de empezar a leer vayan y vean [este video](#), de ahí salió, entre otras inspiraciones, el título de esta antología.

AGRADECIMIENTOS

Este libro, tan compacto y ordenado, tan bonito, fue el resultado de una idea loca. Mucha gente solidaria, además de lxs escritorstxs, decidió sumarse y el resultado es esta antología. Tantas personas locas y entusiastas no pueden quedarse sin recibir un sonoro “gracias” (y, en algunos casos, varios) por su labor impagable que además hicieron en tiempo récord:

A Andrea Chapela, Ana Paula Dávila, Ariadne Ortega y David Bowles: ustedes fueron las primeras (ni modo, David, si son mayoría se va en femenino :) en unirse al equipo y ofrecer apoyo, hicieron incluso demasiado: sin ustedes, el tiempo que le dedicaron y su trabajo impecable este libro no existiría. David Bowles también tradujo al inglés el prólogo, los agradecimientos y parte del cómic; lo hizo todo en un santiamén y con la mejor disposición del mundo.

A Andrea y Kelsi, Adrian (vía George Henson), y Patricia (vía Julia) por ofrecerse a traducir varios de estos cuentos. A Joey Whitfield, Ruth Clarke, Jesse Ward and Megan Berkobien por permitirnos usar sus traducciones. A Felecia Caton por hacer >proofreading> en inglés.

A Iliana Vargas y Gabriela Damián por ayudarme a encontrar la imprenta y transportar los libros de un lugar a otro y de un país a otro. A Raquel Castro y Alberto Chimal por llevar libros en sus maletas, también de un país a otro. Y, con mucho cariño, a José Luis Zárate por descamisarse para cargar libros bajo el sol californiano, con Gaby y con la editora.

A John Picacio por donar la increíble imagen de portada y a Pablo Defendini por diseñar los forros con el estilo retro que buscábamos.

A Julia Rios, Meg Frank y Pablo Defendini (equipo de *Fireside Magazine*) por encargarse de la fantástica campaña de Kickstarter que hizo posible que este libro existiera en su forma física sin la preocupación del limitado presupuesto personal.

Y, por supuesto, gracias a toda la gente involucrada en The Mexicanx Initiative: John Picacio lanzó la convocatoria y reunió a lxs 50 mexicanxs, pero mucha gente dio su apoyo y cooperó para que se hiciera posible y, por eso, les agradeceremos siempre:

John Scalzi, Ctein, Ty Franck, Christopher Brown, Chris Rose, Joanna Volpe, John & Christina, O’Halloran, Mary Robinette Kowal, Kate Elliott, Richard Flores IV, Fast

Forward: Contemporary Science Fiction, Kat Angeli, Superfan Canadiense Anónima, Rina Weisman & SF in SF Events, Randall Shepherd, Elizabeth B. McCarty, Amazing Stories Magazine, Mur Lafferty and Jim Van Verth, BWAWA >(Baltimore-Washington Area Worldcon Association), ALAMO (Alamo Literary Arts Maintenance Organization), Worldcon 76, Kevin Roche, Ric Bretschneider, Jeremy Brett, Misty Hawkins, Adam Rakunas, Cheryl Souza, Daniel Dern, Renny Christopher, Kate Nepveu, John Yarrow, Jean Stuntz, Ian Monroe, Scarlet Moderne, Pablo Defendini, Gay and Joe Haldeman, J. Van Ekeren, Joseph Monti, Martha Wilson, Pamela Burr, Tasha Lennhoff, Peter Krulevitch, Caroline Spector, Silvia Moreno-Garcia, Timothy Martin, Clifford Winnig, >Reid Brennan Kermit Woodall, Benjamin Sparrow, Ellen Datlow, Reilly-Rose Hayes, Chris Duval, Leanne Verlhust, Laura Majerus, The Mighty Constellation (of Nebraska), Legion of Rassilon, Lester Gibo, Fred Moulton, Book Basement, Laurel Hill, Kevin Mukhar y Aquella Majestuosa Quien no Debe ser Nombrada.

Finalmente, gracias a la gente que apoyó la campaña de Kickstarter: Michi Trota, Dan García, Maria Lima, Benjamin C. Kinney, Mike Zipser, Marissa van Uden, Kirtana Rex, Adolfo de la Garza III, Izzy Wasserstein, Andrija Popovic, Kate Baker, Jed Hartman, Amanda Makepeace, Ian Stockdale, Glen Mehn, Rachel Coleman, Marguerite Kenner and Alasdair Stuart, David Huerta, Runes, Claudia Silva Solís, Joe and Gay Haldeman, Melissa Gay, Erica Stephan, Marcela Vargas Reynoso, DJ Orta, Dianna Dearborn, Moss Collum, y Andrea Phillips.

VALLAS

JOSÉ LUIS ZÁRATE

El conejo tenía rabia. El mago, con la mano metida en la chistera, lo comprendió súbitamente. El calor enfermizo, los músculos que saltaban sin control bajo la pelambre, la fuerza inusitada con la que lo mordía: no había otra explicación.

Sin dejar de sonreír al público, metió la otra mano al sombrero para romperle el cuello al animal. Después lo sacó, acurrucándolo entre sus brazos como si el conejito blanco necesitara protección y cariño. La orina del roedor fluyó lentamente por su manga. No hubo ni un aplauso. No importaba. Ya se había acostumbrado. De todas maneras agradeció la (poca) atención prestada y le cedió su lugar a Melvira con su escaso traje de lentejuelas. A ella le aplaudieron de entrada. Entre los dedos de John: sangre y saliva de conejo. Se chupó la herida. Después de todo, no podía infectarla más.

Fue con el gitano que seguía intentando componer el jeep que transportaba el Circo Orillero por todo el perímetro de la Valla. Parecía imposible que ese pequeño vehículo pudiera arrastrar el pesado carromato de madera y plexiglas. Pero lo hacía. El gitano era lo más cercano que tenían a un jefe. Lo sabía todo. Casi todo: ignoraba cómo conseguir dinero. Fuera de eso, era un genio. Casi un genio.

—El conejo tenía rabia —dijo John, con su español trabajoso.

—Tonterías, a los conejos no les da.

—Me mordió.

—Pendejadas, los conejos son roedores, como las ratas, y cuando a las ratas les da rabia se quedan tiesas, sin atacar a nadie.

John puso el conejo sobre el carburador que reparaba el gitano.

—Nadie se lo explicó a él.

El gitano vio al animal, tocó la piel febril, suspiró lentamente y dijo, bajito, lo que el mago más temía:

—Mierda.

Detrás de ellos, la Valla resplandecía.

No hubo ceremonia de ningún tipo ni discursos ni un último día oficial. De pronto, sin aviso alguno, el complicado mecanismo empezó a funcionar. Una luz incandescente recorrió el desierto, susurrante. Tormenta electromagnética que dejó a México y al resto del mundo fuera de las fronteras de Estados Unidos. ¿Quién podía negarles su derecho de marcar sus límites con un muro impenetrable? El complicado ecosistema del Border fue roto en un solo instante. Los polleros, el camino de los ilegales, las rutas secretas, los sobornos, el negocio millonario de traspasar gente como ganado, los depredadores que esperaban a los inmigrantes, todo arrasado, destruido.

La Valla era parte del sistema estratégico de defensa de Estados Unidos. El mundo se había convertido en un lugar peligroso para el imperio. Ante la alternativa de ser volatizados por el fuego nuclear de algunas de las docenas de potencias nucleares del nuevo siglo o de perder mano de obra barata y útil, el gobierno optó por la seguridad. El hundimiento de Houston en un mar nuclear ayudó a que la Valla fuera aprobada sin problemas. Los extranjeros debían permanecer al otro lado de la barrera. Nunca fue más importante para los norteamericanos la pureza de su raza, una pureza que no se medía mediante ningún código genético sino por el otorgamiento de documentos: la carta de ciudadanía, el pasaporte que identificaba a alguien como ciudadano de ese país era linaje suficiente.

—John, tenemos diez días antes de que se presenten los primeros síntomas de la rabia —dijo el gitano, mientras armaba el jeep a toda prisa.

—Diez días... ¿Cerca de qué estamos?

—De nada. Para ganar velocidad vamos a dejarlos a todos e ir tú y yo. Tal vez encontremos algo. Tal vez no. Pero al menos lo intentaremos, ¿o qué otra cosa podemos hacer?

Podían abandonarlo. Que se las arreglara como pudiera. Pero el gitano nunca contemplaba ese tipo de alternativas. Para él los miembros del circo eran su tribu, su familia. Nunca había perdido a nadie, excepto a su esposa y a un par de bailarinas. Y ellas lo habían abandonado por su propia voluntad.

Cargaron el jeep con todas sus preciosas reservas de gasolina, alcohol, gas. Incluso con las pilas solares que nunca terminaban de cargarse (“Ni siquiera el desierto da tanto sol como el que necesitan”, refunfuñaba siempre el gitano).

El vehículo todoterreno no era rápido ni cómodo. John hubiera preferido los caballos, pero se los habían comido hacía mucho tiempo. Era peligroso andar con ellos, una tentación casi irresistible. En las Tierras Vacías era conveniente no atraer demasiado la atención hacia los bienes propios. En sí, jamás fue conveniente, pero ellos no lo sabían. El Circo Orillero debió aprenderlo sobre la marcha. En los años que llevaban en ruta las cosas habían cambiado, nunca de golpe, jamás en forma tan traumática

como el nacimiento de la Valla; se volvían diferentes lentamente, de tal modo que pudieran acostumbrarse, que no le vieran mala cara, que fuera parte del ciclo de las cosas: como las estaciones o las lentas mutaciones de los insectos. A veces hasta el gitano olvidaba que la frontera había sido diferente. ¿Cuántos años ahí? Muchos, demasiados en el camino. El gitano se dijo que no tantos para no hacer hasta lo imposible para salvar a uno de los suyos. Cuando eso ocurriera, cuando fuera más sencillo dejar morir a alguien, lo único que iba a hacer era correr hacia la Valla y tocar esa luz sólida, fundirse en el relámpago momentáneo de su fuego.

El jeep entró en una de las tantas ciudades fantasmas que penaban a lo largo de la frontera. Estaban acostumbrados a esos restos polvorientos donde nadie se quedaba demasiado tiempo. Eran de mala suerte. Después de todo, era la suerte lo que los había matado.

Aquellos páramos manufacturados dependieron siempre del ininterrumpido paso de productos y personas, ciudades-vampiro que sorbían un poco de la sangre de los viajeros. O un todo.

Los edificios polvorientos, las carreteras rotas, la sed en cada grieta en el cemento soñaban aún con los camiones incesantes, con los viajeros de paso y su escaso capital caminando por ahí.

Pero la Valla había terminado con todo eso. La nueva paranoia de la supuesta seguridad. Ahora solo existen los transportadores automáticos que no llevan nada que no esté autorizado, contenedores que se comen la distancia entre países sin detenerse nunca, dirigidos por una ficha de sílice a la que nunca le han importado los cafés de paso, los moteles dispuestos, las gasolineras expectantes, las personas sedientas de los que pasan.

Los contenedores son una parte móvil de Estados Unidos, territorio en tránsito, como los llaman las nuevas leyes. Un ataque contra ellos también va contra la nación del norte. Aunque eso nunca detuvo a los desesperados, piratas de la ruta. Pero los contenedores eran demasiado duros para asaltar. Disparaban a la mínima provocación.

Y pasaban por las ciudades vacías.

Espectros grises de furia inmediata.

John y el gitano vieron partir a uno de ellos, ajeno a lo que lo rodeaba: los pocos nómadas que habitaban en el vacío.

No se les ocurrió pedirles ayuda. El gitano los dejó atrás sin pensarlo. Siempre hay alguien con Hambre. Sobre todo en las Tierras Vacías.

En sí no existía ninguna razón para abandonar todo ese territorio y dejárselo a los parias (como ellos). Ciertamente que no era un camino viable a Estados Unidos y que la incesante radiación de la Valla había provocado mutaciones en los insectos, que devoraban toda cosecha, pero en realidad fueron los movimientos políticos los que

terminaron con el lugar. Era un sitio que nadie deseaba. La actividad se concentró, más que nunca, en las ciudades. El cultivo de algas dependía de toda una infraestructura centralizada. Era la forma más económica de conseguir alimento, y las tierras se volvieron cada vez más innecesarias.

Las tierras y sus habitantes...

Los padres de John habían formado parte de una raza casi extinta: norteamericanos en el exilio. Su pecado había sido terrible: visitaron la Isla, fueron admitidos en infinidad de países enemigos. Cada territorio visitado era una prueba más en su contra. Ellos no lo ignoraban. Por amor a otras tierras, a personas ajenas, a lugares distintos, renunciaron a volver. Nunca les pesó. La Valla aún no había marcado a su generación. Al cerrarse el circuito, el país quedó aislado del resto del mundo. Las únicas transmisiones posibles se generaban dentro de la Valla, no había otra forma de conocer otros lugares, excepto ir a verlos, pero las Cadenas decían que eso era suicida, y la mejor opción era ver Las Tierras del Mundo en horario estelar por su televisora favorita.

Los padres de John nunca se dijeron rebeldes, gustaban de descubrir lo extraño, nada más. Sus dossiers no contenían manchas significativas, por eso no se les retiró la ciudadanía. Por eso conservaron sus pasaportes de un país que los esperaba (tal vez) con las cárceles abiertas por sus pecados, con psiquiatras bienintencionados que los limpiarían de ideas extranjeras. Nunca supieron si era así o no. No se preocuparon por averiguar si los rumores eran ciertos. No les importaba morir en otras tierras, porque de tanto habitarlas ya les pertenecían.

El gran movimiento turístico fuera de Estados Unidos se detuvo en seco, como si la Valla también hubiera impedido la salida. A nadie le extrañó. Estaban seguros detrás de sus fronteras, la Valla era una muestra palpable de su invulnerabilidad, dejarla atrás significaba más que simplemente alejarse. Era posible llegar al mundo por medio de la fibra óptica. Las comunicaciones permitían seguir vigilando los negocios desde casa. La Valla que levantó poco después Japón fue, en cierta forma, una justificación. Japón volvía a dejar fuera al mundo. Era la nación más poderosa económicamente hablando y podía permitírselo. Las Vallas empezaron a crecer sobre el planeta. El aislamiento fue volviéndose norma, el nacionalismo del encierro: lo único con calidad era lo interno; lo único justo, lo propio, la norma era aquello que ocurría dentro de la Valla.

Las comunicaciones fueron haciéndose más específicas. Hablaban menos de personas y más de números, cifras, negocios.

La nueva tecnología alimentaria hizo autosuficientes a casi todos los países. Y un día, detrás de su protección, las naciones empezaron a guardar silencio.

John soñó que se acercaba al gitano en medio de la noche y le decía algo en su lento inglés antes de morderlo en el cuello. Se despertó con el gusto de la sangre en la boca. El gitano dormía pesadamente. John se miró la mano, blanca y pálida como toda su

piel. No había señales de que estuviera infectada o de que el virus de la rabia se incubara en su interior. Podía ser una falsa alarma. Y podía no serlo.

Luego de tres días en el camino todavía no encontraban nada, excepto gente con menos recursos que ellos. Al mago nunca se le ocurrió preguntarles qué hacían ahí, en las Tierras Vacías. Después de todo él también se encontraba ahí, creció en aquel territorio aparentemente muerto. Desde que tenía memoria existían ese jeep, ese gitano, los pueblos nómadas, los escasos asentimientos permanentes, el Circo Orillero. Buscaban lo mismo que él: pasar otro día. Vivir su vida. Mucho más sencillo de ese modo, los riesgos y peligros familiares. Vivir en los bordes de una civilización tenía ventajas. El servicio médico no era una de ellas.

La cercanía de la Valla viciaba todas las transmisiones, cerraba cualquier tipo de comunicación inalámbrica, no había manera de pedir ayuda. Los Orilleros nunca la pedían. Las ciudades se encontraban terriblemente estratificadas. El gitano decía que era imposible ser admitido sin dinero o influencias. Ni siquiera en Mantenimiento. Los padres de John se lo habían dicho. Cuando llegaron a la frontera con sus maletas al hombro y los ojos muy abiertos se toparon con el Circo Orillero. Se incorporaron a su ruta por curiosidad. El gitano los recibió en cuanto le demostraron que podían desaparecer monedas, crear flores, materializar conejos en sombreros. Se ganaban el sustento y nunca le hicieron daño a los otros miembros del circo. No era necesario más. Incluso tuvieron a su hijo dentro del carromato. Le pusieron John porque pensaban que el gitano se llamaba Juan. Cuando murió el padre de John entregaron su cuerpo al desierto, como todos los Orilleros. En la frontera no hay tiempo para tumbas ni rutas para los muertos. ¿Y qué era el mago en ese momento sino un muerto en espera? Se había cuidado mucho de no acercarse al gitano, de comer en otros platos, de no contaminarlo. En cuanto sintiera alguno de los síntomas de la enfermedad iba a internarse en el desierto, o a abrazar la Valla. En cierto modo, durante todo el viaje se había estado preparando para el fin. Lo sentía por el gitano. John había sido una de las grandes atracciones del circo, no tanto por sus escasas dotes de mago, sino por el hecho de ser un gringo. Era tan raro verlos en la actualidad. Habían pasado apenas sesenta años desde que Estados Unidos cerró sus fronteras, pero en ese tiempo transcurrieron demasiadas cosas. Se fueron convirtiendo en curiosidades, como la lagartija de dos cabezas que, durante un tiempo, le robaba cámara. En la Orilla el tiempo fue modificando la forma de los gringos. Eran quienes habían expulsado al mundo de su entorno. Gente especial. Las pocas imágenes que venían de Estados Unidos hablaban de una increíble realidad de doradas playas, maravillosos presentes, ciudades de luz. Los Orilleros fueron forjando su mitología. Y John no entraba en ella.

El gitano insistía en que presentara su número de magia en inglés, y que señalara al conejo con expresión de triunfo diciendo nice rabbit. “Todo un norteamericano”,

afirmaba cuando recitaba en dos idiomas. Is my mother, bohemos!

El número concluía, casi siempre, con la exhibición del máximo objeto mágico. El pasaporte de John. La llave que, solo a quien poseyera el código genético plasmado en su memoria magnética, abriría las puertas de la Valla.

El pasaporte era real, pero nadie lo creía así después de pensarlo un poco. Si era de verdad, ¿qué hacía un gringo ahí?

John no podía decirlo.

Cuando llegó el séptimo día, y fue claro para ambos que no iban a encontrar nada, el gitano enfiló hacia la Valla. No estaba muy lejos, podían ver su resplandor en la noche.

—Es hora de que regreses con los tuyos.

John tardó un rato en comprender que se refería a los norteamericanos. No supo por qué. Siempre le habían dicho gringo, y el gitano lo obligaba a practicar diariamente su inglés. “No eres de aquí”. De una u otra forma siempre se topaba con esa afirmación. Cuando era niño, los Orilleros acostumbraban a contarle los prodigios de Estados Unidos. ¿Cuántas veces oyó de las maravillas de la ciencia al otro lado de la Valla? Podían hacerlo todo, si querían. Gratis, si uno era ciudadano gringo. John nunca supo si creyó alguna vez en esas leyendas, sus padres siempre le dijeron que algún día conocería su país. Lo dijeron hasta que el gobierno estadounidense impuso el estado de sitio. Ningún ciudadano podía abandonar el país, a menos que fuera importante para la patria. ¿Cómo convencer a cualquier burócrata de que el Circo Orillero era vital, al menos para ellos?

De alguna manera el que John fuera extranjero le daba cierto orgullo al circo. “Nosotros somos extranjeros en todas partes”, decía el gitano, “pero tú eres un gringo. Un gringo verdadero, sí señor”.

Ahora era un gringo enfermo. De algo le iban a servir todos esos años en que se sintió fuera de lugar, la tristeza que le daba que las Tierras Vacías no le pertenecieran de ninguna forma. John quiso decir algo, protestar, tal vez. Pero no lo hizo porque los Orilleros solo tenían un mandamiento: sobrevivir. Decir que prefería la rabia a abandonar esa tierra, en cierto modo era demostrar que no era un hombre de la frontera.

—No te preocupes, John... Recuerda que al otro lado también debe haber una orilla.

Pero ¿sería como la suya? ¿Habría oportunidades y humor para un circo ambulante? Todo el mundo le decía que era un gringo, pero él se preguntaba cómo eran los gringos. ¿Idénticos a él? ¿Y cómo demonios era él?

—Te voy a extrañar, gitano.

—Y yo a ti... Si conseguimos otro mago se va a tener que llamar Magic John.

John sonrió. Como al gitano, le costaba trabajo.

—¿Sabes lo que vas a encontrar?

—Sí... espero..., no sé. ¿Qué importa, gitano? Son los míos, ellos se ocuparán de mí.

Al noveno día llegaron a uno de los puestos automáticos de acceso de la Valla. Una cabina que se abría para dejar pasar a una persona con pasaporte norteamericano. Ningún otro era aceptado. De cierta manera era una puerta de emergencia. El tránsito pesado de gente y objetos se realizaba en las ciudades, a través de los contenedores.

El gitano no le dijo adiós a John. Simplemente le deseó suerte cuando entró a la cabina. John tampoco se despidió, nada más le encargó que usaran sus cosas y le preguntó su nombre. El gitano no se lo dijo, los gitanos nunca dan su verdadero nombre.

El pasaporte abrió las puertas de la Valla. La máquina no se lo devolvió. Se quedó en la cabina, esperando. Estados Unidos no lucía tan diferente a la frontera, no desde esa cabina al menos.

John supo que tampoco pertenecía a aquel lugar cuando se aproximaron a él dos hombres armados y empezaron a preguntarle su nombre, su edad, los nombres de sus padres, por qué estaba ahí.

Pero John no entendió su inglés.



Nota: Este cuento se publicó en *Palabras Errantes. Latin American Literature in Translation*. Disponible en palabraserrantes.com.



JOSÉ LUIS ZÁRATE (México, 1966) es uno de los autores más reconocidos y respetados dentro de la Literatura de la Imaginación. Ha publicado en México, España, Estados Unidos, Argentina, Perú y Francia. Tiene una larga lista de reconocimientos nacionales e internacionales. Entre ellos el Premio Puebla y dos veces el Premio Internacional de Novela mecyf. Su obra abarca ensayo, cuento y novela. Conferencista invitado en el Festival Internacional de Ciencia Ficción Utopiale de Nantes, Francia. Recibió la mención especial del Premio upc de Ciencia-Ficción 2000. En 1992 ganó el Premio Nacional Kalpa al mejor cuento mexicano de ciencia ficción de la década de los ochenta, por El viajero. Ese mismo año El Círculo Argentino de Ciencia Ficción le otorgó el premio Más Allá. Ha publicado, entre otros, los libros Hyperia (1999), Las razas ocultas (1998), Xanto. Novelucha Libre (reeditada en 2015) y La Glace et le Sel (2016). Su ebook El tamaño del crimen es el primer libro electrónico presentado en El Palacio de Bellas Artes en México. Con su cuenta de Twitter @joseluiszarate y Facebook dedicadas a la Twitteratura es una presencia constante en la microficción.

AZTLÁN LIBERADO

DAVID BOWLES

Emergen de los escombros de Juárez, ciudad destripada por la guerra: el Chamuco y su clica de vatos pesados. La Güera está en la vanguardia, empuñando machete y pistola Glock, su cabello trigueño recogido con un pañuelo. Luego viene Einstein, con la redeci-lla torcida y los zapatos Stacies sin su acostumbrado brillo, cargando una mochila llena de libros desgastados y aparatos electrónicos. Payaso lleva la retaguardia, balbuceando un constante monólogo cómico a pesar de la devastación.

El Chamuco está de luto por sus carnales caídos, víctimas de la Guerra entre los Pochos y los Zetas, pero sonrío victorioso. Los cuatro pachucos han vengado su barrio, obedeciendo el único código que permite la supervivencia en este desierto apocalíptico: matar o morir.

Los buitres sobrevuelan en espiral. La vida continúa su camino serpentino.

La Güera alza el machete para indicar una parada repentina. Baja un poco el brillante cañón de su pistola. Sobre el asfalto destrozado, aparece un vehículo inesperado, un jeep verde militar ostentando la bandera de Estados Unidos con sus cuarenta y dos estrellas blancas, burlonas. Despatarrado contra una llanta todoterreno se encuentra un soldado, sosteniendo sus tripas rojas en sus manos. No hay señal de sus compañeros.

“Ataque de chupis”, el Chamuco conjetura y se adelanta con cautela, los ojos atentos, el AK-47 levantado.

El yanqui es latino. Mira con dolor a la pandilla, suspira.

—Bueno —tose y carraspea—, mátenme.

—Ya estás muerto. —El Chamuco se arrodilla frente al moribundo—. ¿Qué chingados estás haciendo en Aztlán, yanqui?

Un riachuelo de sangre gotea por la barbilla del soldado.

—Los científicos. Encontraron la solución. Cómo acabar con los pinches chupacabras. Dieron con la reina. ¿Ese meteoro que cayó cerca de Las Cruces?, una nave espacial. Los otros chupis eran tropas avanzadas. Ahora están todos... enchufados. Una mente colmena.

El yanqui —Chávez, según su uniforme— señala el jeep con un suave golpe de la cabeza.

—Un arma nuclear. Atrás. Las defensas chupis chingan el sistema de guiado. Hay que llevarla en persona. Deje el detonador en la cabina.

—Putos yanquis —murmura Payaso—, con sus pinches bombas atómicas. Cabrones.

Resollando y gimiendo, Chávez extiende una mano ensangrentada y se aferra a la andrajosa camisa de franela que trae el Chamuco.

—Ustedes son unos cholos, nomás. No creo que sean capaces. Pero ahí está.

Sus ojos se vuelven vidriosos y la Santísima Muerte se lo lleva.

—Chale —dice Payaso—. Ya mero vamos a olvidar quince años de este pedo. Los putos levantaron un muro. Nos atraparon aquí dentro con los chupis y nos rodearon con guachos listos para fusilarnos si intentamos escapar a Madremex o Gringolandia.

Einstein niega con su cabeza rapada.

—Sí, ese, pero no solo estaríamos salvándolos a ellos. Liberaríamos a Aztlán, de Brownsville a Tijuana. Luego se podría construir un hogar permanente para la raza. La Güera les echa una mirada burlona.

—A mí me vale verga quién se libere. Yo nomás quiero machetearme unos pinches chupacabras. Si usar esta bomba hace que se mueran chingos, pos órale.

El Chamuco los contempla orgulloso. Son los más valientes que ha conocido.

—Entonces lo hacemos. Vamos juntos hasta Las Cruces, luego alguien lleva la bomba al borde del cráter y regresa hecho madre. Hay que estar pero lejos cuando la detonemos. —El silencio hierve con implicaciones que nadie quiere expresar—. Ahorita tú estás a cargo de la bomba, Einstein. Payaso va a manejar. Güerita, agarra cualquier arma que haigan dejado esos yanquis, haz que jale. Nos vamos en diez.

Mientras Einstein recupera el detonador y un teléfono satelital militar, el Chamuco arrastra al soldado a las dunas, lo empapa de gasolina y le prende fuego. No deja nada para la horda alienígena. El sol se hunde rojo en un horizonte de jade. El cholo baja su rostro tatuado, murmura una oración.

La oscuridad se espesa mientras se dirigen hacia el norte. Los restos oxidados de carros viejos aparecen de la nada como para sacarlos de la carretera. Del silencio ventoso surge un gemido chirriante. Los cuatro empuñan sus armas, listos para el ataque. Unos impactos sordos hacen que el vehículo tambalee. Grandes ojos brillantes y dientes afilados se asoman a las ventanas. Garras rasgan las láminas de metal. El Chamuco dispara contra el techo, táctica que provoca gritos chillones. Luego el enemigo redobla sus esfuerzos. Los chupacabras, su propósito tan inefable como siempre, arremeten furiosos contra la pandilla.

Una bruma se eleva de entre la ráfaga de disparos. Payaso maneja a ciegas por la arena oscura. A través de un agujero de bordes afilados, Einstein es raptado. Saliendo del jeep de un brinco, la Güera aúlla y dispara. Como una furia, ahuyenta a los monstruos con balas y gritos. Esas espaldas espinosas se tumban en las dunas iluminadas por las estrellas. Einstein ruge de dolor. Tanto su brazo como el detonador están destrozados. Vendan su herida y se ponen en cucullas cerca de un afloramiento de rocas, esperando el sol, sus pensamientos sombríos.

Cuando el amanecer se arrastra por el cielo, Einstein usa su mano buena para hurgar en su mochila. En cuestión de minutos ha ideado un sistema extraño: un teclado estropeado y una tableta agrietada conectados al teléfono satelital del soldado.

El Chamuco observa por un momento cómo el genio de barrio pulsa las teclas y hace ajustes.

—¿Qué haces, carnalito?

—Un *sat-hack*, ese. Obtengo acceso a la red haciendo que se rebote una señal en un satélite militar. Tengo que descubrir cómo detonar manualmente la pinche bomba.

Alguien aspira profundo, pero nadie discute. La elección es clara.

El Chamuco se dirige a sus hermanos.

—Siempre lo supimos. Para acercar esta madre hasta el cráter en Las Cruces, uno de nosotros iba a arriesgar el pellejo. Ahora alguien más tiene que morir.

Einstein asiente con la cabeza.

—Sé cómo activarla. Solo necesito que alguien maneje. He vivido mi vida como quise. Leí mucho. Iré yo.

—Ni madres. No voy a permitir que este pendejo se lleve todo el crédito. —Payaso sonrío. Los ojos le brillan—. Manejo yo.

—Pobres menso —murmura la Güera—. En el momento en que los chupis ataquen, se van a arrepentir de que yo no esté.

Su líder clava la mirada en cada uno, escudriñándoles el corazón. Los tres asienten con la cabeza. El Chamuco aprieta un puño. El pecho le duele de orgullo.

—Órale, pues. Hora de mostrarle al mundo quién chingados somos.

Einstein señala su equipo.

—Simón. Eso es exactamente lo que haremos, jefe. Acabo de configurar una conexión de *streaming*. Se envía un video de todo lo que hacemos de aquí en adelante y desde ese satélite yanqui. Ni Madremex ni Gringolandia pueden llevarse el crédito.

El Chamuco extiende una mano y lo ayuda a pararse.

—Perrón. ¿Puedo hablar con esa madre?

—Simón. Todo tuyo.

El cholo inclina su rostro tatuado hacia el pequeño iris.

—Oigan, cabrones. Mi nombre es Chamuco. Los guachos yanquis trajeron una bomba atómica a Aztlán. Querían acabar con los chu-pis, pero les faltaron huevos y los espinosos los mandaron a la chingada. Así que ahora mi clic y yo vamos a hacerles el jale sucio a todos ustedes. ¿Me oyeron, pendejos? Estos cuatro pachucos, nomás.

Se da vuelta y apunta hacia el jeep.

—Bueno, pos súbasen, carnalitos. Vamos a salvar el mundo.

Una hora más tarde, el jeep se aleja de la carretera llena de baches. Payaso activa la doble tracción. De día los chupacabras descansan en sus madrigueras arenosas y sueñan con sangre, pero el zumbido del motor y el rodar de las llantas los llaman. Manchas negras pronto salpican las dunas, se acercan rápido. Pronto un mar de noche chirriante fluye hacia el jeep desde todas direcciones. En la vanguardia, rostros cánidos se retuercen con feroces gruñidos.

—¡No dejes que esos putos espinosos se acerquen a Einstein. Yo respaldo a Payaso! —el Chamuco le grita a la Güera, luchando para hacerse entender encima del ruido creciente—. A toda costa, ¿entedites?

—Un placer, jefe.

Todavía están a diez minutos del borde del cráter. La primera oleada llega. El Chamuco rocía balas contra los chupis de enfrente, despejando el camino. Payaso embiste y aplasta a los heridos. La Güera gruñe y dispara, pateando y apuñala.

Su defensa dura tres minutos, antes de que la horda se eleve como un tsunami, unos chupis trepando por las espaldas espinosas de otros, chocando contra el jeep, cortando llantas, perforando el tanque de gasolina, rompiendo el bloque del motor.

—¡Hasta aquí llegamos! ¡Ojalá y baste! —grita el Chamuco. Se escabulle por el parabrisas roto y se enfrenta a una docena de bestias—. ¡Detona esa chingadera, Einstein!

Los chupacabras han entrado en la parte trasera del jeep. La Güera lucha contra ellos, golpeando, pateando, mordiendo, aullando como Cihuacóatl, feroz diosa azteca.

Los drones extraterrestres le arrancan el brazo, pero ella sigue alejándose de Einstein, dándole a su compañero cada segundo que puede.

—Órale, pendejo —gorgotea al final—. ¡Ahora o nunca! ¡Mándalos a la verga y te veré en el putito infierno!

Los monstruos la desmiembran. El jeep se detiene. Decapitan a Payaso con un violento golpe de garras. Empujan al Chamuco de vuelta al interior del jeep a través de la masa retorcida. Sus ojos se encuentran con los de Einstein, quien establece la conexión final en el mecanismo de detonación.

—Ahí los wacho, hijos de la chingada —murmura el genio, sonriendo a la cámara.

—Ese es mi carnalito —logra susurrar el Chamuco.

El mundo se pone blanco.

No toma mucho tiempo. Cuando la nube de hongo se expande encima de las Montañas de Órgano y cada chupacabras cae muerto, tanto Estados Unidos como México suponen que la misión militar ha sido un éxito. Pero el video de la Zona de Cuarentena se viraliza, y los nombres de los cuatro cholos se divulgan por las redes sociales y los medios de comunicación. Los psi piratas difunden la noticia a través de las tierras yermas: liberados por fin.

Ni México ni Estados Unidos quieren la responsabilidad de limpiar la Zona de Cuarentena, por lo que cuando las decenas de miles de personas atrapadas en esas murallas insisten en su derecho a la autodeterminación, los argumentos son superficiales, puramente para aparentar.

La bandera de la libertad se levanta sobre Aztlán.

Sus salvadores, sea cual sea el paraíso o infierno en que se encuentren, levantan la mano para mostrar su placazo, la señal de su pandilla, por última vez.



Nota: Este cuento se publicó en *Chupacabra Vengeance*, Broken River Books, 2017.



DAVID BOWLES es un autor méxicoamericano del sur de Texas y es profesor en la Universidad de Texas Valle del Río Grande. Ganador de premios de la American Library Association, Texas Institute of Letters y Texas Associated Press, ha escrito varios títulos, entre ellos *Flower, Song, Dance: Aztec y Maya Poetry* (Premio Soeurette Diehl Fraser a la mejor traducción), *The Smoking Mirror* (premio Pura Belpré) y *Feathered Serpent, Dark Heart of Sky: Myths of Mexico*. En 2019, Penguin publicará *The Chupacabras of the Rio Grande*, escrito con Adam Gidwitz, y Tu Books lanzará su novela gráfica *Clockwork Curandera*. Su trabajo también ha aparecido en múltiples antologías y revistas como *Journal of Children's Literature*, *Rattle*, *Strange Horizons*, *Apex Magazine*, *Nightmare*, *Asymptote*, *Translation Review*, *Metamorphoses*, *Bookbird* y *Eye to the Telescope*. En 2017, Bowles fue admitido en el Instituto de Letras de Texas.

UNA VERDAD UNIVERSALMENTE RECONOCIDA

JULIA RIOS

TRADUCCIÓN DE PATRICIA CORAL

Está lloviendo y Osmundo me detiene junto al cruce. No estaba lloviendo hace un momento. En otra realidad, a medio paso a la izquierda de esta, el sol está brillando y Osmundo es un patinador punk conocido como Oz. En esa realidad nunca te dije nada que no debí decirte. Pero solo fue así porque nunca te conocí.

Es una verdad universalmente reconocida que una persona que haya sido cortada de la vida de su amiga más querida, quiere tener un cambio de realidad.

Este Osmundo viste una camisa negra apretada que dice *Glitter Queer* en letras rosa brillante. En esta realidad, él se encuentra en buena forma. Bien cortado. Debe entrenar mucho. Pienso en mi Osmundo, cuando veía en la tele *El hombre más fuerte del mundo* y decía de forma casual que pensaba que sería interesante intentarlo, y me pregunto si este Osmundo planifica concursar.

—Carrie —dice—, ¿qué demonios haces?

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —le pregunto.

Es el tipo de pregunta que puedo hacer en broma, pero también puede comprarme tiempo y quizá, si tengo suerte, darme una respuesta. Porque, por supuesto, no tengo idea de qué estoy haciendo. Acabo de llegar.

Osmundo mueve la cabeza con desaprobación.

—No lo hagas, chica. Esto es un lío y solo se va a poner peor.

—¿Cómo sabes? —pregunto.

Osmundo resopla, lo que no ayuda en nada, pero así es Osmun-do. El Osmundo de casa hace exactamente ese sonido cuando se impacienta conmigo, lo que no es... infrecuente.

Osmundo nunca está muy lejos cuando un cambio ocurre. El yo que diseña los

cambios lo estableció como una condición. Su Osmundo tiene una especie de artefacto casero. Una llave.

—De acuerdo —digo—. Mira, obviamente necesito ayuda. ¿Podemos salirnos de la lluvia mientras discutimos esto?

Osmundo mete las manos en los bolsillos, de esa forma suya que significa que las necesita ahí en vez de usarlas para sacudirme y hacer que entre en razón, pero me sigue y nos paramos debajo del toldo del café que está cruzando la calle.

—No puedo creer que quieras entrar ahí —dice Osmundo.

—¿Por qué? —pregunto, deseando desesperadamente que esta pregunta me dé algunas respuestas útiles acerca de quién soy.

En algún lugar en otra realidad, otra yo le está haciendo lo mismo al Osmundo patinador punk y al Osmundo contable y al Osmundo de mi realidad original, quien no ha decidido qué quiere hacer aún, a pesar de tener veintisiete años.

No sé qué provocó que todas las otras yo quisieran el cambio, pero el deseo tuvo que haber sido unánime, si es que entiendo las notas de la yo genio científica. Me pregunto si alguna de nosotras ha encontrado respuestas o satisfacción. Me imagino que no, porque los cambios todavía siguen.

Estoy empezando a pensar que preferiría estar en casa nuevamente. Aun sin que estés en mi vida... Quizá.

La parte de mí que se sentía tan desgarrada y herida que añoró entrar a una línea de tiempo diferente aún está ahí, como una vocecita, pequeña, pero persistente. “¿Y qué si pudieras tenerla de vuelta aquí?”, me pregunta. “¿Y qué si no tenías que haber arruinado esa amistad para siempre?”.

Así que no, no estoy lista aún.

Cuando entramos al café, entendí de inmediato por qué Osmundo estaba tan asustado. Es un lugar familiar, con pisos de madera que crujen bajo los pies, tragaluces, mesas que no combinan y pesadas tazas de cerámica. Todo en el lugar es reconfortante y acogedor, como mi café favorito allá en casa. Pero en este, tú eres barista.

Osmundo nota el pánico en mi cara, que debe ser evidente, y me conduce a una mesa.

—¿Cambiaste de opinión? —me pregunta—. No te preocupes. No tienes que hablarle.

—Será que ella no tiene que hablarme —murmuré.

—Oh, ella va a hablarte —me responde—. No sé por qué querrías provocar eso. — Él no tiene una barba de chivo en esta realidad, pero se toca la barbilla de la misma forma que lo hace en las que no está afeitado. No puedo evitar sonreír por eso. Todos los pequeños detalles son reconfortantes dondequiera que llego. Mi gente sigue siendo la misma. Yo sigo siendo yo. Hay algo en nosotros que es intrínseco, fijo.

—Es una verdad universalmente reconocida que a una Carrie que se le presentara la oportunidad de hablarle a Alicia, la tomaría —digo.

Osmundo arruga la frente.

—¿Por qué ahora hablas de una forma tan rara?

Saco la copia de *Orgullo y prejuicio* que cargo en mi bolsa en todas las realidades y señalo la famosa primera línea. Pero aquí es diferente.

“Todo el mundo sabe que un hombre soltero en posesión de una gran fortuna algún día necesitará encontrar una esposa.”

Bueno, las cosas en esta realidad son definitivamente raras.

—No entiendo —dice Osmundo—. Quédate aquí y yo iré por las bebidas.

Regresa con dos capuchinos y *biscottis* de almendras. Usualmente yo pido café negro y un *croissant*.

—Gracias —digo, tratando de no verme decepcionada, pero mi cara me delata.

—Perdón —me dice—. Te traje mi orden regular en vez de la tuya. No podía dejar que Alicia supiera que estás aquí. Se sabe tu orden de memoria.

—Cierto —digo. Porque por supuesto que te la sabes. Nos conocemos demasiado bien en todas las realidades. Excepto en las que nunca te he conocido. No sé si esas son mejores o peores. Todo lo que sé es que en todas esas, las posibilidades de acercarnos están arruinadas. Cada vez. No sé con exactitud cómo se arruinaron las cosas en esta, pero claramente se arruinaron. Y no lo supero.

Me pregunto si alguna de las otras yo ya lo superó.

—Bueno, Osmundo, sé que quieres ayudarme. Y sé que yo estoy hecha un desastre. Así que... intentemos un pequeño experimento de pensamiento.

Osmundo mueve su mano en un círculo, como invitándome a continuar.

“Adelante”, está diciendo. Este es otro de sus gestos, consistente en todas las realidades. Hay mucho que no sé acerca de este Osmundo, sus esperanzas y sueños, su rutina diaria, pero conozco su alma.

—Háblame de mi vida —le digo—. Dame todos los detalles. Imagina que tengo amnesia. Las cosas básicas y las buenas y todas las cosas que ciertamente necesito arreglar.

Osmundo frunce el ceño, escéptico, como dudando que pueda hacerme bien.

—¿Por qué?

—Solo entreténme.

Osmundo es amable en todas las realidades, así que lo hace.

En resumen, me entero de que tengo veinticinco años (como siempre). De que soy Carrie Anna Cynthia González (casi cierto; una letra de más con respecto a la realidad de casa, en la que soy Carrie Ann en vez de Carrie Anna). Osmundo es mi primo que no es mi primo, nuestros padres son mejores amigos de la infancia (siempre cierto). En

general, mi plan de vida iba bien hasta el año pasado en el que comencé a arruinarlo todo (cierto en su mayoría). Tengo muchos amigos (siempre cierto). Nunca he salido en citas con nadie (50/50). Te conocí hace tres años (cierto, excepto en las realidades en las que nunca te he conocido). Siempre estábamos juntas por dos años (lo mismo). Tú eres una cristiana evangélica (usualmente no es cierto, usualmente ya rechazaste eso en el momento en que te conozco). Eres mala influencia para mí (eso no puede ser cierto... ¿puede serlo? Me niego). Vienes a nuestra mesa ahora (0% cierto en todas las otras realidades...).

—Carrie, no pensé que vinieras hoy —me dices. Solo me miras a mí, ni reconoces la presencia de Osmundo, lo que es un poco raro, pero no me importa. Tu voz cae sobre mí como una ducha tibia, después de un camino largo y frío en la oscuridad. Soy un nudo de amor y miseria. En la realidad de mi casa, no me has querido hablar en meses. No sé si alguna vez lo volverás a hacer.

—Hola —digo, tímida, sonriente.

—¿Eso quiere decir que ya lo pensaste bien? —preguntas.

Asiento, como si supiera de qué hablas.

Tu cara se ilumina.

—¡Oh, fantástico!

En este momento pienso que sea lo que sea a lo que haya accedido, vale la pena.

—¿Te quieres sentar con nosotros? —pregunto.

Osmundo me mira como si dijera: “¿Qué carajo estás pensando, mujer?”, pero se libra porque dices:

—Tengo que regresar al mostrador. Pero ¿te veo esta noche?

—Definitivamente —digo. Tengo que descubrir dónde, pero si me quieres ver, allí estaré.

—¿Qué fue eso? —me pregunta Osmundo mientras tú te retiras caminando.

—Arreglo las cosas —le digo.

—¿En qué planeta eso puede arreglar algo?

—Ella quiere que seamos amigas. Soy miserable sin esa conexión.

—Ella cree que estás de acuerdo en que tu “conexión”, como le llamas, es una unión espiritual centrada en Jesús —responde Osmundo.

Frunzo el ceño. Él dijo que eras una evangélica en esta realidad, pero...

—Pero no soy religiosa, y ella lo sabe.

—Acabas de ofrecerte a ir con ella al servicio de la iglesia del miércoles en la noche.

—Oh —digo—. Cierto. Pero ¿qué tan malo puede ser?

Osmundo bebe su capuchino como si fuera uno de esos gif en los que la gente toma té con actitud reprobatoria.

—¿De verdad crees que ella no te va a presionar para que vayas otra vez a la terapia

de conversión? Ya hemos discutido esto. Puedes decirte a ti misma que no sientes nada por ella, puedes salir solo con chicos o con nadie, si eso es lo que quieres, pero los estudios demuestran que es realmente dañino tratar de que se te quite lo gay a base de rezos.

Por un momento lo consideré seriamente: dejarme convertir, tratar de aceptar todo ese asunto de Jesús. Imagino un futuro en el que somos amigas del alma y planificamos juntas eventos de la iglesia y hablamos todos los días. Imagino la calidez de saber que me quieres. El sentimiento es maravilloso. Seguramente cualquier precio valdría la pena.

Pero luego miro a Osmundo, mi no primo, quien vela por mí. Y pienso en cómo sería el futuro sin él en mi vida. Porque por eso fue que no lo miraste cuando viniste. Si te escojo aquí, lo pierdo. ¿Y a cuánta otra gente?

Suspiro, largo y profundo.

—Tienes razón —le digo.

Entonces lo siento, el crujido al fondo del salón que implica que un cambio es inminente. Esta vez no me pregunto a dónde voy. Lo sé. Es tiempo de volver a casa.

¿Qué haría la yo de esta realidad? ¿Qué le han enseñado las visitas a las otras realidades?

No importa. Tengo la sensación de que va a estar bien.

De pronto estoy en una cafetería, pero es una cafetería un poco diferente y estoy sola. Tengo un café negro y un plato con residuos de hojuelas de *croissant*. Mis ojos se topan con los del barista y él me saluda desde el mostrador. No eres tú.

Definitivamente no eres una barista en esta realidad. Estás en tu casa, con tu bebé, disfrutando una licencia de maternidad de tu trabajo importante. Saco *Orgullo y prejuicio* de mi bolsa. Su línea inicial es la que espero.

Ir a la iglesia no me va a acercar a ti aquí, pero tampoco te importa si soy gay o bi o lo que sea. Y en definitiva no te importa si Osmundo lo es. Mientras no espere que seas nada más que mi amiga. Porque nunca te has sentido así por mí y tienes a tu esposo y eres feliz.

Desearía poder regresar en el tiempo un año atrás y detenerme a mí misma de confesarte algo. O, si eso fallara, desearía hacer que la yo del pasado respetara tus límites una vez que ese horrible torbellino de palabras salió de mí. Tu amistad valía mucho más que eso.

Pero no puedo. Si algo he aprendido con todos los cambios es que no hay vuelta atrás, solo hacia el frente, a los lados, creo. El dolor es familiar, pero no tan agudo como antes, creo. Por fin estoy lista para enfrentarlo.

Recojo mis platos y salgo a un día frío de primavera. Hay flores que están abriendo, narcisos y azafranes, los primeros tallos con lila y amarillo que anuncian un nuevo

crecimiento y que el exuberante verdor está por venir. Hace un año te hubiera enviado una foto por mensaje de texto. Hace un mes, pensar en esto me hubiera hecho llorar. Hoy no hago ninguna de las dos cosas.

Quizá llegaremos a ser amigas nuevamente o quizá no. Las flores seguirán abriendo y floreciendo. ¿Y yo? A mí me seguirán gustando. La vida continuará.

Es una verdad universalmente reconocida que una Carrie Ann Cynthia González en posesión de un teléfono querrá tomar una foto de una flor para enviársela a alguien.

Tomo la foto y se la envío a Osmundo.



JULIA RIOS es una editora ganadora del Hugo Award, escritora, podcastera y narradora. Sus textos de ficción, no-ficción y poesía han sido publicados en diferentes lugares, incluyendo *Daily Science Fiction*, *Lightspeed* y *Goblin Fruit*. Julia fue editora de ficción para *Strange Horizons* de 2012 a 2015, editora de poesía y reimpressiones para *Uncanny Magazine* de 2016 a 2017 y, actualmente, es la editora de ficción en *Fireside Magazine*. También es coanfitriona del *podcast* nominado para Hugo Award, *The Skiffy and Fanty Show*, un *podcast* de ciencia ficción y reseñas de películas. Julia ha narrado historias para *Podcastle*, *Pseudopod* y *Cast of Wonders* y poemas para el *podcast* de *Strange Horizons*. Ella es mitad mexicana, pero su francés (medio terrible) es mejor que su español. Búscala en Twitter como @omgjulia.

PATRICIA CORAL (trad.) nació en Puerto Rico, donde desarrolló su pasión por las palabras y obtuvo una maestría en Literatura Hispana y Lingüística. En 2014 se mudó a Houston, donde empezó la aventura de escribir en un idioma prestado. Es escritora de no-ficción y poesía, pero con frecuencia sus palabras encuentran hogar entre medio de ambos géneros. En 2017 cofundó Fuente Collective (fuenteco.com), una organización que se dedica a la experimentación, colaboración e hibridismo en la escritura creativa y otras artes. Su trabajo en inglés ha sido publicado en *Yellow Chair Review* y *Crab Fat Magazine*.

MATACHÍN

FELECIA CATON GARCIA

TRADUCCIÓN DE ANDREA CHAPELA

I

Lina cree que cada momento de una narración es como un rubí con múltiples caras. Que la perspectiva es más importante que la verdad. Que no hay diferencia alguna entre la traslación y la interpretación.

Pero aquí solo hay una historia. La perspectiva está sobrevalorada. No todas las versiones son igual de válidas y tarde o temprano alguien tiene que abrir la maldita caja para ver cómo está el gato. No te dejes engañar. No por Lina. Tiende a mentir y lo bien que miente es prueba suficiente. No tienes que creerme a mí. Puedo probarlo.

Mira:

Vamos en el coche a una cena del departamento y ella está sentada a mi lado, mirándome, una mano en mi muslo, la otra en mi nuca. A nuestra derecha, en las afueras de la ciudad, la base de la Fuerza Aérea se extiende por muchos kilómetros. Lina está enfadada. Me está hablando de un artículo que leyó sobre hombres abusivos que algunas veces mueven las fotografías un centímetro o cambian ligeramente todos los relojes de la casa para mantener a sus mujeres inseguras y dependientes. Para que duden de su propia cordura.

—¿Te imaginas? —me pregunta, mientras niega con la cabeza, de tal forma que sus intrincados aretes plateados suenan como la campanilla de un gato—. Imagina que la noción de la realidad de alguien pueda ser tan frágil.

La miro de soslayo. Pasamos la entrada de la base donde un guardia recibe a los

automóviles con un saludo formal e impostado.

—¿Cómo está Khaled? —le pregunto.

Al alejar su mano, me rasguña levemente, pero entonces me toma del cuello y me sacude con suavidad.

—Creo que bien. —Se encoge de hombros y mira por la ventana—. No lo he visto.

Es temporada de monzón y el suelo todavía está mojado gracias a la tormenta eléctrica de la tarde. Lina tiene el cabello recogido en un chongo como táctica contra la humedad, que deja al descubierto su cuello. Justo debajo de su oreja lleva la marca difuminada de un moretón. Es la marca que deja un diente al morder por mucho tiempo o con mucha fuerza, un pulgar al presionar durante la convulsión de un orgasmo. *Mentirosa*. No digo nada. Tal vez se durmió con el cuello apoyado en la esquina de un libro. Puede que se haya raspado con la rama de un ciruelo. Y la próxima semana, cuando el moretón esté más abajo, sea más oscuro, me dirá que estoy imaginando cosas. Me dirá que es el mismo moretón de antes. *Imaginando*. Una realidad tan frágil que te hace dudar de tu propia cordura.

Ese día, Lina se soltó el pasador y las ondas de su pelo cayeron sobre sus hombros. Taparon la marca. Pero yo estoy contando la historia y yo te digo que había un moretón allí. Lo vi y, en algún momento, algo lo causó. Khaled, el ciruelo, sus propias uñas. A la mierda el punto de vista. Una de estas cosas es verdad, las otras no lo son. Sin importar quién esté contando la historia.

II

No creo en la paradoja del abuelo. No creo que el tiempo permitiera el tipo de caos al que teme todo mundo. No va con el Universo. Me gusta pensar en él más como una personalidad que como un sistema. O, mejor, como un sistema de personalidad. Es lo único que tiene sentido. Durante nuestra búsqueda para crear una inteligencia artificial hemos entendido que la personalidad es una parte importante del proceso. Para pensar de manera autónoma es necesario desarrollar los patrones de preferencias y decisiones que llamamos personalidad. Como hacen los detectives, examino la evidencia forense de los actos del Universo —actos criminales, dirían algunos— y a través de los años he encontrado algunos parámetros. Un perfil.

¿A qué conclusión he llegado hasta ahora? El Universo es un psicópata amable. Un monstruo de hábitos al que le gusta pensarse a sí mismo como espontáneo e impredecible, pero al que le gustan los juegos lógicos: crucigramas, sudoku, ajedrez. Y que se aburre con facilidad. Se inventa nuevas reglas, se aburre de las reglas, deja un juego de lado y comienza uno nuevo. Deja las cosas a medio hacer sin remordimiento.

Al Universo le interesan muchas cosas. No. Al Universo le interesa todo, pero no tiene un interés particular en nada y no le importa el resultado final. ¿Qué tiene todo esto que ver con la paradoja del abuelo? El Universo no toleraría que alguien viajara en el tiempo y comenzara a cambiar la historia tanto como para causar la muerte del propio viajero. Es más probable que dejara este problema a cargo de uno de sus colegas. Un nuevo universo aparecería para incluir esta nueva realidad. La original continuaría sin que cambiaran muchos detalles. Solo los suficientes para crear un juego de Encuentra las Diferencias tamaño Universo. Pero algunas veces sí nos damos cuenta de las diferencias. Las llamamos *déjà vu*, fantasmas, presentimiento. Las llamamos *sé que dejé mis anteojos junto al vaso, pero ahora están en mi bolsillo*. Al final, los cambios son pequeños. Le echamos la culpa a nuestra edad, a nuestra distracción y a nuestra imaginación hiperactiva. Nos convertimos en cómplices.

Por eso, cuando Lina me dice que siente como si hubiera conocido a Khaled en otra vida, no tengo que creer en la reencarnación para pensar que puede tener razón. Ya no pregunto cómo. Ahora solo quiero saber ¿qué significa ella para él? Quiero saber ¿y yo qué? Quiero saber ¿dónde se metió ahora?

III

Obviamente sabía de la existencia de Khaled. Al principio, pensé que no era más que una distracción en un mundo lleno de distractores. Quería que se detuviera. Pedí que se detuviera. Pero cuando ella comenzó a llegar a casa distraída y pasaba el tiempo sonriendo y cantando en la cocina, me di cuenta de que dependía de los moretones con forma de dedos en su muslo, de las marcas de mordidas en sus senos. De repente, desapareció toda la evidencia y ya no tenía pruebas. Mis afirmaciones se convirtieron en teorías.

Eso debería haberme apaciguado. Le había pedido algo y ella había obedecido.

Pero no estaba en paz. Así que me enfoqué en el trabajo. Habíamos recibido a un grupo de científicos visitantes: una tropa de investigadores chinos y, de paso, uno o dos iraníes. Uno de los iraníes se parecía tanto a Khaled que sostuve su mano por un segundo más de lo debido mientras hacía comparaciones mentales. Pero agradecí la distracción y durante las siguientes horas me concentré en el trabajo. La llegada de sangre nueva nos venía bien. Es fácil caer en la mente colmena que se da cuando un grupo de personas trabaja junto durante mucho tiempo. Se reafirman las mismas opiniones. Los criterios establecidos para la realidad ya no se cuestionan. Nos volvemos una congregación y dejamos de ser científicos. Después de todo, no sabemos si una especie alienígena nos está manipulando, o si tal vez está jugando con nosotros un

grupo de ángeles con bata, o si en realidad nos orquesta un grupo de delfines inteligentes.

IV

Andrés, mi compatriota sudamericano, era nuestro físico material y experimental. Él construyó el matachín para probar nuestro teorema. ¿No sabes que es un matachín? Son típicos de América Latina y también son muy populares en Nuevo México. Son bailarines enmascarados y disfrazados que imitan ciertas figuras históricas.

En la danza de los moros y los cristianos, los matachines cuentan la historia del exilio de los árabes de España. Aquí, los nativos aceptaron la celebración con entusiasmo. Al final, no es más que la historia de un pueblo que expulsa a otro. Pero a ustedes no les importa la historia. El punto es que alguien tiene que construir formas físicas para sos-tener el peso de las teorías. Los bailarines se convierten en historia cuando bailan. No es un mero disfraz. Pero, en algunas ocasiones se nos olvida.

Una computadora cuántica, por ejemplo, tiene que ser una cosa real. Una cosa que podamos ver y tocar y tirar al suelo. Y lo que hace Andrés es construir cosas.

V

Hay una línea muy delgada entre el idealismo y el cinismo. Los cínicos son cínicos porque quieren creer en algo. Y aunque ahora mismo yo tenga dudas con respecto a las personas y la política, creo en la ciencia. Creo que lo trasciende todo. En este aspecto, soy creyente. En estos pequeños cuartos llenos de zumbidos todos teníamos la misma fe: ferviente, embriagada, exaltada. Todos creíamos que el trabajo que hacíamos era de carácter divino.

Lina lo hubiera entendido si se lo hubiera contado. Ella lo hubiera entendido no porque supiera de matemáticas, sino porque trabaja casi por completo con metáforas. Es traductora. Ha pasado la mitad de su vida trabajando con los espacios entre las palabras, que bien podrían ser intersticios en la realidad.

Pero yo no hablaba con Lina de mi trabajo. Por mucho tiempo, no tenía a nadie con quien hablar, incluso aunque hubiera tenido la libertad de hacerlo. Incluso si hubiera decidido romper las reglas y arriesgarlo todo.

Sin embargo ahora, como sabes, lo logramos. Lo resolvimos. Y al resolver un problema, resolvimos miles. Millones. Por meses el conocimiento nos paralizó.

¿Realmente crees que Eva fue en busca de Adán emocionada, con el jugo todavía goteando por su mentón? De ninguna forma. Él debió encontrarla días más tarde, llena de ansiedad. Estaba todavía desnuda, hecha un ovillo a los pies de un árbol, todavía absorbiendo, temblando, aprendiendo.

¿Quién no habría querido besar esos labios pegajosos? ¿Quién no habría querido, como Adán, probarla allí mismo, su lengua en la boca de ella? Entonces, y solo entonces, ella habría sido capaz de articular palabra.

Siempre se habla de científicos que se precipitan para ser los primeros en publicar en revistas, nosotros no fuimos de ese modo. No solo porque no teníamos permiso. Quietos, nos miramos los unos a los otros por un largo tiempo. Los más devotos rezaron. Los alcohólicos bebieron. ¿Y yo?

Yo pasé muchas horas en la oscuridad escuchando cómo las escamas arañaban la corteza.

VI

En el centro de México hay un telescopio conformado por trescientos tanques de agua purificada. Cada segundo de cada minuto de cada hora, el agua observa los confines del espacio. Observa los hábitos voraces de los agujeros negros, energía que se detecta a través de una lluvia secundaria de partículas creada cuando nuestra atmósfera desvía y dispersa esa peligrosa energía. El agua observa. El agua tiene ojos.

VII

Antes te dije que no todas las perspectivas son igual de válidas, que tarde o temprano alguien debe abrir la caja y entonces las cosas son como son. Pero creo que te mentí. No queriendo. No con intención. Aún creo en la voluntad. Ahora más que nunca. Cada vez está más claro que el tiempo es simétrico. Que corre hacia adelante y hacia atrás. Lo que hago hoy, cambia lo que hice ayer.

¿Cómo lo explico? Hace muchos años, Lina tradujo una novela de misterio de un autor boliviano muy reconocido. No era lo que traducía normalmente, pero le había llamado la atención. La novela comienza revelando la identidad del asesino. Me imagino que algunas personas dejaron de leer después del primer capítulo. Al final del libro, más allá de los bosques laberínticos, en la punta de la Tierra de Fuego, entre volcanes y témpanos y piedras erosionadas por agua durante milenios, en el último

capítulo se revela la identidad de la víctima.

Piénsalo. El momento en que se escribe el nombre del asesino. Piensa en el proceso en reversa dentro de la mente del lector. Paso a paso, del primer al último capítulo. Pero todo ha cambiado ahora que lo sabes. El pasado cambia cuando te enteras de que el asesino apuñaló a su propio padre.

Percibo tu escepticismo. Debes estar pensando en todos los significados y escenarios que piensa todo mundo. Las aplicaciones prácticas. Y, porque tú eres quien eres, llegas a la misma idea una y otra vez: la antigua ciencia de convertir el conocimiento en un arma. Secretos y espías. Incluso la Tierra Prometida fue el trabajo de espías, doce de ellos para ser precisos. ¿No conoces la historia? ¿Qué es lo que enseñan ahora? Ni física ni matemáticas ni historia ni poesía. Todas las cosas, por cierto, que deberías conocer con profundidad si vas a usar un arma. Deberías ver qué tipo de antecedentes se pedirían si yo estuviera a cargo. Como decía, la historia.

Hay una versión de esta historia en cada esquina del mundo. Los aztecas que buscaban Tenochtitlan, los omeya viajando a Iberia y Moisés enviando a doce espías a Canaán durante cuarenta días (los números siempre han importado) para observar si los israelitas podían conquistar a las personas y adueñarse de la tierra. Diez espías regresaron con reportes llenos de dudas. Pero Joshua y Caleb volvieron y predicaron un resultado ventajoso. Misteriosamente, los diez incrédulos contrajeron la plaga y murieron: dudo que hayan estudiado algo de historia o lo habrían visto venir. Eso significaba que Dios así lo ordenaba. Joshua y Caleb se convirtieron en héroes, aunque eso no los libró de los cuarenta años que los israelitas tuvieron que vagar por el desierto como castigo por sus diez incrédulos. Esa es tu lección de historia del día: un buen espía sabe que no está informando la verdad, la está escribiendo.

Khaled habría conocido esta historia. Qué mal que nunca le preguntaste, ¿verdad? Te llamaría filisteo, pero entonces tendría que contarte otra historia.

Así que para que sea corto te digo que no sabíamos cuáles eran las preguntas, a qué cálculos acceder (el término “correr” ya no aplicaba: todos los cálculos ya se habían realizado en algún lugar o tiempo). No es que se nos hubiera permitido. Los cambios ya habían comenzado. Los científicos renunciaban a sus otros proyectos. Había tres controles para entrar y salir de todos los laboratorios. Hombres y mujeres serios detrás de cada mesa. Y tú, o bueno, ustedes. Posicionados en cada oficina vacía, en cada esquina de cada laboratorio, en el rabillo del ojo donde quiera que iba. La misión de todo espía: el conocimiento de todo mundo posible. Era como tratar de esconder un elefante debajo de una pestaña. Pero me imagino que tenías que intentarlo.

Hazme la pregunta correcta ahora mismo y sabrás exactamente todo lo que sucedió después.



FELECIA CATON GARCIA vive, escribe y enseña Lengua Inglesa, Estudios Culturales y Estudios Chicanxs en Albuquerque, Nuevo México. Es autora del libro de poesía *Say That*, publicado por The University of New Mexico Press. El texto incluido en esta antología fue tomado de la novela que está escribiendo actualmente, *Petrichor*. Esta novela ahonda en las vidas entrelazadas de tres personajes: un espía renuente, una traductora y un físico, quienes intentan entender sus propias historias, a nivel personal y político, mientras el tiempo empieza a desintegrarse a su alrededor.

Andrea Chapela (trad.), véase semblanza en [El aire limpio olerá a albaricoque plateado](#)

KAN/TRAHC

ILIANA VARGAS

El dolor en la cabeza inició minutos después de que S. escuchara el último trueno, justo el que había sonado como si los restos de piedra volcánica sobre los que se erigía la ciudad estuvieran reacomodándose, preparándose para despertar una vez más trasmutados en materia caramelo de vidrio incandescente.

El silencio del fin del mundo no le dejaba abrir los ojos, a pesar de que su conector solar se había activado hacía casi seis horas. Había una interferencia sonora que hacía disminuir la elasticidad del cuerpo áureo, enraizándolo a un arrecife de coral negro, en cuyas puntas vibraba sin cesar la luminosidad de una voz abisal cuya naturaleza, por más que se esforzaba en asociarla con algún elemento terrestre, era irreconocible.

No era la primera vez que se filtraba este tipo de interferencia en el líquido suprasensorial que el despachador le suministraba cada ocho horas. S. lo había detectado desde que intentó disminuir la dosis, provocando un corto circuito al insertar la punta de su plumilla entintada en la entrada metálica del aparato, pero lo único que consiguió fue concentrar el líquido en los tres primeros mililitros de la manguera conductora, de tal forma que, al recorrer el enramaje venoso de su muslo, la densidad sanguínea le provocó un calambre tan agudo e intenso que le hacía percibir una aureola luminosa en todos los objetos de naturaleza fosfórica a su alrededor.

////: DÍA 8

Lo-mal-te-mi-do-re-nace al burbujear el sueño ¿Lo mal te mi do? ¿No será, mejor dicho [disfrutaba bien decir], lo más temido?

[cuestionarse a sí mismo aprovechando la vulnerabilidad de la consciencia era otra

de sus fascinaciones]

No. No, no, no, a ver: lo mal temido, quiere decir [se decía] lo que se teme indebidamente... Entonces, si lo que uno no debe temer sobresale de entre todas las sombras —aun de entre las que se ocultan bajo las lengüetas obscenas de aquellos zapatos—, si empiezo a cerrar los ojos abandonándome a la languidez elástica con que El Supremo Dormir se revela en mi cuerpo... descuidaría mi puesto de vigilancia de la muralla defensiva que este quirófano // sala de espera // cápsula cristalizada de criogenización // y yo // hemos construido durante doce días para defendernos de los trozos ambulantes... y ... entonces... si los ojos comienzan a sucumbir a la pesadez con que el frío salta sobre las pestañas para cerrarlos... el cuerpo perdería el incontenible estado de

«Alerta °taquicardia°pulsación ardiente en la cabeza°taquicardia°»

que hemos diseñado para reconocer a los seres encapuchados de púrpura ambarino cuando llegan cargando —con la ayuda de dos tentáculos metálicos a extremo izquierdo y extremo derecho de su indescifrable cuerpo— enormes recipientes de coleópteros de acero que, al variar la intensidad de la luz que las lámparas dirigen hacia ellos, cambian, sutil, casi imperceptiblemente, de porosidad, de textura, de contorno y parecen —o quieren hacernos creer que parecen— pedazos de carne con forma de pierna adherida a un pie del que en realidad cuelgan grupúsculos de capullos viscosos plagados de espinas oculares... y vienen, se acercan disimulados hacia nuestra carne expuesta, esa carne que permitimos que nos cortaran a cambio de silencio y kan/trahc... ah... si la pesadez no fuera tan dulce... si los músculos se esforzaran más por no ceder... eso es lo que, bien entendido, es lo mal temido...

////: DÍA 13

El aislamiento acrecienta la intolerancia. Noventa miligramos de contraximoxina y puedo sentir la partícula gaseosa que se filtra con el musgo que crece a paso de oruga en la cuarteadura de la pared, que, igual que un pan duro desmigajándose, sostiene la ventana y sus herrumbrosos barrotes electrificados.

En la pastosa isla que flota sobre la banqueta de enfrente, diversos cuadrúpedos retozan. De su piel cuelgan pelos de diversos colores, espesuras y larguras. Algunos babean sin descaro. Otros absorben —mediante un acto interminable que evidencia su naturaleza mecánica— la baba, con un trapo que exprimen sobre la pastura seca que les rodea. De entre ellos sobresale uno, cuya animalidad reflejada en la obsesión de lustrar cada parte de su cuerpo con la lengua exaspera mi náusea: la exasperación radica en las transfiguraciones a que este híbrido fosfórico debe someterse para ejecutar con éxito su tarea, pues la lengua es tan corta y el cuerpo largo y voluminoso, que a momentos ensaya marometas y posturas con las que parece querer romperse el cuello, alguna

pierna o el cóccix. Si tan solo su gesto fuera menos desesperado y la expresión en sus ojos menos humana... podría olvidar la relación automática que mi cerebro hace al conectar con la imagen, y controlaría la náusea al dejar de reconocer en ese rostro el mío propio, o el de todos los que retozan postrados a mi lado. Al mirarlos/mirarme, regresa, a vuelo de boomerang, la pregunta cotidiana: ¿qué fue lo que fomentó el deseo de someterme a la fruslería enajenada de fabricar un cárnico fosfórico?

¡Ah! ¡Cómo olvidar la seducción instantánea que aquel mensaje produjo en mi médula!

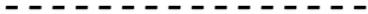
Si usted, amable contribuyente, considera alguna parte de su cuerpo un estorbo, un gasto inútil de espacio, un atentado contra la logística estética de nuestra sobrepoblada comunidad, y no sabe cómo reme-diar esta terrible carga moral, no se angustie más: háganos saber qué brazo, qué pierna, qué vértebra, qué hueso u órgano cualquiera usted ya no ocupa, y aquí se lo canjeamos por cárnico fosfórico:

ILa Energía del Futuro!

Leí el mensaje ocho veces exactas en busca de un código secreto o una oferta capciosa antes de proporcionarle mis datos a la máquina que amablemente atendió mi llamada telefónica:

1. Firmaría un contrato.
2. Alguien me explicaría el procedimiento quirúrgico.
3. Me quedaría dieciocho días en observación para asegurar que el pedazo de cuerpo sobrante se adaptara al proceso de fabricación de cárnico fosfórico.
- 3 bis. Mi presencia durante el Proceso *Post*, sería una medida de precaución en caso de que se necesitaran porciones frescas de tejido, sangre, adn, diversos tipos de biopsias e incluso muestras de jugo gástrico y residuos biliares, por lo que no podría abandonar el hospital hasta que el intercambio *se cerrara con éxito...*

Pero ¿valdría la pena tanta docilidad para experimentar la automutilación asistida? ¡Ah, vaya que sí! A cambio recibiría kan/trahc, suministros interminables de esa sustancia que activaba la percepción sutil del oído para regresarle la dulce y complicada función de descubrir, precisar, distinguir sonidos...



A pesar de la mecanización catatónica provocada por la crisis depresiva que vivía cada uno de los seres humanos a causa de la anulación del valor adquisitivo de todo cuanto les rodeaba; a pesar de que ya nada podía ser comprado porque el dinero había perdido todo su valor y la gente adquiriría lo que necesitaba a través del intercambio, perdiendo así la compulsión de comprar en medio de una bonanza económica a tal punto utópica que había resultado desastrosa; a pesar de que los gobiernos de todas las sociedades se esmeraban en mantener distraída a la población con cantidades inconmensurables de imágenes y audios que se superponían unos a otros, S. todavía recordaba qué había sido lo máspreciado antes, mucho antes: ansiaba recuperar la placidez que le significaba escuchar los sonidos en frecuencias o salidas distintas, y no en una masa aglomerada de anuncios/bienestar social indescifrable, incomprensible y que no llevaba más que al aturdimiento y a la necesidad de hacerlo todo de la manera más rápida posible para regresar a encerrarse a casa, a esperar, en un silencio enturbiado por ecos interminables, a que llegara de nuevo el día siguiente.



////: DÍA 15

Si tuviera por cierto lo que se anunciaba en aquel mensaje, podría augurar que dentro de tres días estaré listo para salir de aquí. Sin embargo, nada de lo que esperaba que ocurriera ha sucedido, salvo la filtración de ese ruido blanco que se define poco a poco en una voz que parece no cansarse de jugar con las tonalidades, las sutilezas, los grosores que puede lograr, en el humano, el aparato bucofaríngeo torácico cuando el aire lo atraviesa... Y solo puedo oír esa voz cuando me suministran una dosis nueva de cierto líquido luminiscente que me roba fuerzas, consciencia y la voluntad para impedir que se lleven un nuevo pedazo de carne, ya sea de alguna extremidad o de alguno de los órganos que, aunque hasta ahora no han resultado tan “vitales”... exactamente no sé cuáles son... ¿Acaso es eso kan/trahc?... ¿Qué hacer?... La debilidad me mantiene adherido al metal de esto que parece más una mesa de disecciones que una camilla... No puedo... incorporarme siquiera para ver... qué partes del cuerpo poseo todavía... ni qué decir de sentir algo: el frío: el líquido: la inmovilidad: el entumecimiento... ruido blanco... dislexia sensitiva... ruido de sangre en el cerebro... ruido negro... bosque de arterias negras... de neuronas... de hojas negras... oh... desplazamiento de gravedad en la lengua... oh... des... plaza... al menos... ¿al más?... al... mas... todavía puedo... estructurar... frak... frag... mentos... co he tes... corrientes... co he rentes de... ideo... gramas... ga... mas... men... t... a... l... e... s...

Pero el tercer día no llegó.



Nota: Este cuento se publicó en *Habitantes del aire caníbal*, Editorial Resistencia, México, 2017.



ILIANA VARGAS (Ciudad de México, 1978) estudió Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde también cursó un Diplomado en Literatura Fantástica. Es autora de *Joni Munn y otras alteraciones del psicósoma* (Conaculta/FETA, 2012), *Magnetofónica* (Ediciones y Punto, 2015) y *Habitantes del aire caníbal* (Resistencia, 2017). Su obra forma parte de varias antologías y ha publicado cuentos, reseñas y ensayos en medios impresos y electrónicos de México y el extranjero, los cuales pueden consultarse en alteracionesdelpsicosoma.wordpress.com. Ha impartido charlas y talleres de cuento en diversas escuelas Norma-les del país, y cada mes escribe un texto para la columna “Hibridaciones Sinápticas”, de Vozed.

LA CARPETA

ANGELA LUJAN

TRADUCCIÓN DE ANDREA CHAPELA

Era de noche y, como era de noche, estaba oscuro. Era una noche oscura y yo necesitaba una carpeta desesperadamente. Por eso, mi madre me llevó a la tienda a comprar una para llevar a clase al día siguiente. Se lo pedí a última hora, así que lo que sucedió después fue culpa mía.

Estábamos regresando de la tienda cuando el coche se detuvo. Una figura se acercó desde las sombras. Un rayo en la distancia dibujó la silueta de un hombre desgarrado.

Mi madre estaba intentando arrancar el coche cuando el hombre se acercó. Yo podía oler sus malas intenciones. O tal vez era el olor del drenaje, pero algo olía mal. Cuando el hombre estuvo cerca, la oscuridad se desvaneció y reveló a un hombre enloquecido. Loco por carpetas.

—¡Dame tu carpeta! —gritó con una amenaza en los ojos.

—¿Qué? No —contesté. Apreté la carpeta contra mi pecho. Necesitaba mi carpeta para la escuela. Era imprescindible.

El hombre se abalanzó sobre mí, abrió la puerta, que por alguna razón no había cerrado a pesar de la cercanía de ese bribón. Me arrancó la carpeta de las manos con tanta fuerza que trastabilló hacia atrás, pero aun así lanzó una risa para celebrar su victoria.

Un rayo de energía que nunca había sentido me recorrió la columna vertebral. Me bajé del coche. Caminé hasta el hombre que, distraído por su botín, no se dio cuenta. Entonces hice lo que tenía que hacer. Le di una patada directo en la espinilla. Una patada muy fuerte.

Gritó y se alejó cojeando tan rápido como se lo permitió la pierna. La carpeta quedó en el suelo.

El siguiente día pasó como cubierto por neblina. Sin importar qué me dijeran, no podía dejar de pensar en lo que había pasado la noche anterior. ¿Realmente había pasado? ¿Qué se había apoderado de mí? Me dejé llevar por mi horario como si fuera una vía de tren. Sin esfuerzo, sin pensarlo. Lo seguí hasta la clase de lenguaje, donde tenía que hacer una presentación pedagógica sobre los participios del pasado y el pretérito perfecto. Gramática.

Cuando el profesor me llamó, me levanté y tomé mis apuntes, que estaban guardados en la carpeta. Mi cuerpo se electrificó con la misma fuerza de la noche anterior. Saqué la carpeta entera de mi mochila y marché hacia el pizarrón, pero antes de llegar, di una vuelta abrupta y salí del salón. No podía seguir en clase. No cuando las calles estaban llenas de criminales. No cuando tenía el poder de detenerlos de una patada. ¿Cuántos robos de carpetas estarían sucediendo mientras perdía el tiempo en clase?

Salí de la escuela y caminé por la calle, pero poco a poco mi confianza se convirtió en desconcierto. Al desvanecerse mi sentido del deber, solo quedó mi falta de planeación. Entonces escuché que alguien gritaba: “¡Ayuda!”. Corrí hacia la voz como si me propulsara un rayo. Di la vuelta a la esquina y me topé con un Blockbuster abandonado. Frente a él estaba un hombre, vestido con un traje de látex azul, que llevaba en el pecho la inscripción bbb en letras amarillas brillantes.

—Tú, niñx —dijo mientras corría hacia mí—. ¿Viste a dónde se fue? Era de este tamaño, cabello café y traía una bolsa de mujer.

Negué con la cabeza.

—Chale. Bueno, ya está fuera del estacionamiento —dijo y levantó los hombros—, fuera de mi jurisdicción.

Muchos pensamientos pasaron por mi mente mientras observaba al raro hombre vestido de azul cuya jurisdicción se extendía por el estacionamiento. Lo único que pude decir fue:

—¿Buró de Beneficios Bancarios?

—¿Eh? Ah, no, no. —Corrigió su postura, apoyó las manos en la cadera y dijo—: Soy el Bandido del Blockbuster.

Y me guiñó el ojo.

—Asaltas Blockbusters.

—No. Los protejo. De los criminales. —Mi silencio hizo que agregara—: Seguramente has oído hablar de mí. Digo, en los últimos años los crímenes en Blockbusters han disminuido y me gusta pensar que es muestra de que estoy haciendo mi trabajo.

—¿Todavía existen los Blockbusters?

Señaló a sus espaldas.

—¿Hola? Hay muchos todavía, ¿okey?

—Okey.

La verdad, no tenía tiempo para discutir con el Bandido de los Blockbusters. No tenía tiempo para aclararle que la palabra “bandido” no significaba lo que él pensaba. No tenía tiempo para decirle que elegir proteger Blockbusters era elegir un nicho muy restringido. No tenía tiempo porque él me acababa de dar una idea de cómo podía ayudar a aquellos en peligro de perder sus carpetas. La idea me propulsaría hacia el superheroiismo. Un disfraz.

Me preguntó si quería un autógrafo, pero me negué y dije que tenía que irme. Pasé primero a una papelería y después me fui a casa.

Invertí muchas horas trabajando en el diseño. Consideré leggings, capas, chalecos, armaduras, cinturones. Uno de mis bocetos se parecía mucho al disfraz del Bandido de los Blockbusters. Aunque la imitación puede ser un halago, también es ilegal, así que lo descarté. Con cada boceto de un atuendo feo y una prenda sin inspiración, la montaña de basura a mis pies crecía y crecía. Eran garabatos para desechar.

Cuando sentí que el disfraz perfecto se encontraba fuera de mi alcance, me acordé de por qué había iniciado esta cruzada y, entonces, se me prendió el foco. Comencé a dibujar con apremio. Las horas o días pasaron como un torbellino. Cuando volví en mí, el disfraz estaba listo. Aquella noche, salí por primera vez vestidx para proteger. Vestidx como una carpeta.

Mientras caminaba, me di cuenta de que el viento sería un problema, así que volví a casa y modifiqué mi traje para que fuera menos como una vela de barco. Una vez más, salí de casa listx para asumir mi papel protector, pero con un traje de una carpeta más delgada.

Comencé a patrullar las calles, deteniéndome a mirar cada callejón en busca de ladrones de carpetas o cualquier otro tipo de criminal. Pero en lugar de crímenes, me encontré con cuadras y cuadras silenciosas. La ciudad estaba dormida y yo también lo estaría pronto.

Decidí tomar un descanso de quince minutos y me senté en una banqueta.

Entonces escuché un tintineo repetitivo. Era desesperante. Se oía cerca, así que fui a averiguar qué era. Conforme me acercaba, empecé a distinguir susurros.

Cling. Cling. Cling.

—Levantadlo bien.

—Hágolo.

En el fondo del callejón había dos figuras sombrías que cargaban algo. Me acerqué para ver mejor.

Dos hombres en armadura sacaban una caja de un camión, pero al verme, se detuvieron.

—¡Ay, no!

Uno miró al otro. Dejaron caer la caja y bajaron del camión.

Cling. Cling.

Eran unos maleantes, ni siquiera la armadura podía ocultarlo.

—Sospecho que este camión no es suyo —dije.

Me dieron nervios, porque no sentí el mismo rayo de energía ante mi heroísmo.

—¿Vuestra merced cree que estamos robando? —Caminaron hacia mí—. Vuestra merced puede estar en lo correcto.

—¿Sabe, vuestra merced, dónde se está metiendo? Somos los caballeros de la Mesa Redonda...

—... de la Maldad —completó el otro.

—Hombre, yo lo iba a decir.

—Lo sé, lo sé. Pero es que me gusta decir esa parte. —Hizo una pausa—. Lo siento.

—Está bien. —Volvieron su atención hacia mí—. El punto es que os retamos a un duelo.

Con cada palabra avanzaban hacia mí con un clamor.

—¡No tan rápido! —dijo una voz familiar que resonó por el callejón—. ¿Dos contra uno? No me parece justo.

—Bueno, en ese caso. Han de ser dos contra dos —dijo uno de los caballeros en armadura.

—Un duelo doble —agregó el otro.

Entonces, Blockbuster apareció sobre nosotros y cayó encima de uno de los hombres metálicos. Él se irguió rápidamente, mientras que su armadura no pudo volver a levantarse. Blockbuster se giró hacia mí y me guiñó el ojo.

—Hola, chamacx.

A diferencia del hombre medieval, Blockbuster se movía con velocidad. Sin embargo, el contrincante llevaba armadura y no necesitaba ser rápido. Blockbuster le dio un puñetazo al metal y se lastimó.

—¡Arg! ¡Te toca a ti, chamacx!

Entonces yo hice lo que tenía que hacer. Le di una patada al hombre metálico en la espinilla. Una patada muy fuerte. Pero, como era de metal, me lastimé.

Blockbuster aprovechó la distracción para acercarse por la espalda. Se arrodilló detrás del caballero en armadura y yo lo empujé con un golpe en el peto. Al trastabillar, se topó con Blockbuster y cayó al suelo de espaldas. Con desesperación trató de levantarse, dio manotazos buscando algo para agarrarse, pero solo encontró aire y rodar de un costado al otro no lo ayudó.

—No puedo creer que cayera con un truco tan básico —dijo el Bandido del Blockbuster. Se levantó y me dio un codazo amistoso—. ¿Verdad? Oye, ¿qué estaban

haciendo estos tipos?

—Estaban robando ese camión.

—Ah. Claro, claro. Oye, posa conmigo, ¿va?

Se irguió con las manos en las caderas y yo lo imité. Estuvimos así al menos un minuto, por alguna razón que no pude comprender, y luego Blockbuster decidió llamar a la policía para decirles dónde podían encontrar a los Caballeros de la Mesa Redonda de la Maldad.

—Oye, Bandido del Blockbuster.

—¿Qué pasó?

—¿Qué haces aquí? No estamos cerca de un Blockbuster.

—Pues no quedan tantos Blockbusters. A veces un héroe tiene que adaptarse. En ocasiones —dijo mirando hacia la distancia—, uno tiene que luchar por algo nuevo. Volvió a posar.

—Ah.

—Nah, es broma. Antes había un Blockbuster cerca de aquí. Cuento todos los Blockbusters. Abandonados, demolidos. Tú sabes.

A la mañana siguiente, mientras leía las noticias en el desayuno, decidí que Blockbuster probablemente tenía razón en reducir su nicho de acción. Después de todo, yo había triunfado solo gracias a él, que había hecho la mayor parte del trabajo. Yo contribuí con un empujón. Esto fue lo que pensé mientras leía una noticia que hablaba de un robo sustancial de carpetas a solo algunas cuadras de donde me había encontrado con los caballeros medievales. Un robo que pude haber detenido si no me hubiera distraído una pelea que no me correspondía.

Me había olvidado de mi propósito original y me había dejado seducir por un heroísmo abstracto. Tenía un solo propósito y en una noche lo había perdido de vista. Carpetas. El Bandido de los Blockbusters se encargaba de sus tiendas. Los bomberos se encargaban de los incendios. Y yo de las carpetas. Todos eran igual de importantes.

Decidí que tenía que enfocarme en mi cruzada, en mi causa. A la noche siguiente, patrullé las calles. Ignoré los Blockbusters. Ignoré los incendios. Cuando encontré un robo de carpetas, entré en acción.

El ladrón había atacado un Target¹ y estaba huyendo cuando se topó conmigo. Había hecho añicos la puerta de la entrada, por lo que al salir de la tienda pasó sobre los vidrios con las ruedas de la carretilla. Empujaba una montaña de carpetas hacia su

coche.

—Alto allí, amigo —dije. En lugar de hacerme caso, soltó la carreta y comenzó a correr hacia su coche. Sentí entonces cómo la corriente eléctrica recorría mi columna y corrí hacia él, interceptándolo—. Te atrapé, ladrón de carpetas.

Me preparaba para golpearlo en la pantorrilla cuando dijo:

—Disculpa, no quiero interrumpir y entiendo que soy un sospechoso, pero ¿realmente crees que estás en lo correcto?

—¿Qué?

—El culpable siempre es aquel que menos esperas. La tienda está sin protección. ¿Sabes lo que muestra eso? Una falta de intelecto.

—¿Qué? No. Cállate —dije. Y entonces le di una patada directo en la espinilla. Una patada muy fuerte.



ANGELA LUJAN es escritora y estudia en la Universidad de Nevada, Reno. Es redactora en Insight Magazine. Sus poemas y cuentos se han publicado en The Brushfire Literature & Arts Journal.

ANDREA CHAPELA (TRAD.), véase semblanza en [El aire limpio olerá a albaricoque plateado](#)



¹ Target es un supermercado muy común en Estados Unidos, semejante a Walmart.

ROSAS DE LA INFANCIA

RAQUEL CASTRO

Una vez, en mi cumpleaños, me regalaron un zombi. Era la cosa más mona: gruñocito, apestocito, asesinito. Lindísimo. No podía esperar a regresar a clases para llevarlo a la escuela (todos los niños llevan sus juguetes luego de Reyes o en su cumpleaños para presumirlos a sus amiguitos. Mis desgracias eran dos: la primera, que mi cumpleaños caía —y sigue cayendo— a mitad de las vacaciones de verano —aunque ahora no tengo vacaciones de verano—; y la segunda, que yo no tenía amiguitos).

El primer día de clases lo llevé, escondido, por supuesto. Es muy difícil esconder a un zombi, porque no cabe en la mochila y porque hay que tener cuidado de que no te muerda a ti, su dueño (a diferencia de los perros, los zombis sí muerden la mano que les da de comer). Sin embargo, me las ingenié y lo disfracé de compañerito nuevo. Un poco crecido, un poco oloroso, pero peores cosas se llegaban a ver en mi escuela.

Nadie se dio cuenta de que aquel día se comió a Juanito, el niño que siempre me jalaba el cabello, porque senté a Zambí (así se llamaba, en honor, por supuesto, a cierto venadito de moda en ese entonces) en el lugar de junto a mí.

La maestra vio todos los asientos ocupados y ni siquiera puso atención en el niño grandote y medio verduoso que devoraba un pedazo de pierna en la fila del fondo.

El segundo día de clases le tocó turno a Lucila, una niña que siempre me hacía gestos. Ella sacaba la lengua y hacía bizco y, de pronto, lo que sacó fue el ojo. Más bien, se lo sacó Zambí de un mordisco.

Pero como estábamos jugando con plastilina, nadie se fijó. Así era mi escuela.

La maestra supuso que habían cambiado de grupo a Lucila. Eso pasaba mucho en los primeros días de clases. Y como las secretarías se llevaban las cosas con mucha

calma, normalmente entregaban las listas de asistencia hasta entrado noviembre. Así que Zambí no tuvo ningún problema.

Luego faltaron el mismo día tres niños más. “Juraría que los vi en el patio en la mañana”, dijo Miss Tere, mi maestra (me gustaba su nombre: sonaba a “misterio”), pero nada más suspiró y siguió leyendo su novela condensada editada por Reader’s Digest. Mientras, Zambí se daba el atracón de su vida (de su no-vida) en el tanque de arena del jardín.

Cuando solo quedaban siete u ocho niños, la maestra se preocupó en serio: ¿habría una nueva epidemia de varicela? Peor todavía, ¿de sarampión? Miss Tere nunca había tenido sarampión, y le daba mucho miedo. Así que nos preguntó si nos sentíamos bien. Mis compañeritos asintieron con la cabeza, pálidos, nerviosos, aterrados por mi amenaza: el que me ponga el dedo encima se las ve con Zambí. Yo asentí también, aunque estaba sonrosadita, ojobrillante y sonriente.

Lo malo es que Zambí no asintió, y la maestra se dio cuenta de su color entre cerúleo y apistachado, de su mirada perdida y, en general, de su apariencia de malestar. Por eso la maestra sospechó algo peor que el sarampión: hepatitis. Y, valientemente, salió corriendo por la enfermera.

Qué lástima que la señorita Julia, la enfermera, intentara verle la lengua a Zambí. Podría dulcificar la historia diciendo que, simplemente, no pudo volver a escribir con la derecha, pero la verdad es que no solo perdió la mano, en paz descanse.

Y qué lástima que Miss Tere se puso como loca: pegaba de alaridos y parecía que se iba a desmayar. Zambí se aburrió del *performance* y la mordió, pero nomás tantito.

Cuando la directora se dio cuenta de que mi grupo no había salido al recreo, se preocupó un poquito. Tenía el antecedente de varios padres que habían llamado, angustiados porque sus hijos no habían regresado a casa; ella les dijo que la juventud, cada vez más rebelde, es así: “Dele tiempo, señora: verá que anda de reventón. Ya sé que tiene cinco años, pero le digo, cada vez empiezan más temprano con el sexo y las drogas”, dicen que dijo. Incluso pensó en desbaratar el grupo y mezclarnos con los otros terceros de kínder, pero, mientras, fue a buscarnos. Se imaginaba que nos encontraría borrachos o durmiendo la mona, qué sé yo.

Ella sí se dio cuenta luego luego de que Zambí no estaba inscrito: llevaba casi un mes de polizón, sin pagar colegiatura. ¡Inconcebible! Quiso regañar a Miss Tere, pero ella respondió arrancándole un poquito de intestino y luego otro cachito más y otro, hasta que se la comió completa. Creo que a Miss Tere no le gusta que la regañen.

El resto del año fue muy tranquilo. Los otros niños del salón me daban sus lonches y jugaban conmigo a lo que yo quería, tantito por miedo a Zambí y a Miss Tere, pero también porque aprendieron a quererme. Después de todo, ya desde entonces era yo una linda persona, y hasta les dejaba escoger a qué niño o niña de los otros grupos se

comerían Zambí y Miss Tere al día siguiente.

Pero todo lo bueno se termina: cierta mañana, ya casi a fin de cursos, mi mamá se dio cuenta de que me llevaba a Miss Tere y a Zambí a la escuela, y se enojó mucho: “Qué mala escuela donde dejan que los niños lleven sus juguetes”, dijo. Y me obligó a dejarlos en casa.

Pensé que primero de primaria sería realmente aburrido, aun cuando podía seguir jugando con Zambí y Miss Tere en casa, pero por suerte me equivoqué: en mi siguiente cumpleaños me regalaron un *poltergeist*.



RAQUEL CASTRO (Ciudad de México, 1976) es escritora, profesora y promotora cultural. En 2012 ganó el Premio Gran Angular de literatura juvenil, y como parte del equipo de producción del programa televisivo mexicano *Diálogos en confianza* ganó dos veces el Premio Nacional de Periodismo. Es autora de las novelas *Ojos llenos de sombra*, *Lejos de casa*, *Exiliados*, *Dark Doll* y *Un beso en tu futuro*, así como coantologista de *Festín de muertos*, una antología de cuentos mexicanos de zombis con muchos de los mejores autores de weird fiction de México. Tiene una columna sobre literatura infantil y juvenil en la revista *LeeMás*. Su trabajo ha aparecido en inglés en *Latin American Literature Today*, *World Literature Today*, *Nagari*, *Palabras Errantes* y otras publicaciones. Se le puede encontrar en su [canal de YouTube](#); y en Twitter como @raxxie_

DISPARA

PEPE ROJO

Dispara.

Dispara.

Dispara, cabrón.

Dispara.

Dispara.

Mátalos a todos.

No dejes a uno vivo. Ahí vienen. Mierda. ¿Ahora qué pasó? Otro *bug*. Pinches bichos. Yo programé que si ella se quedaba con las llaves no podíamos regresar a mi casa por dinero. La aplicación no sirve en Facebook. Pinches *testers*. Por qué no responden. Una llamada. Cinco llamadas. Diez mails. Reportar el error. Esperar a los ingenieros. Llega la cuenta de la luz. Pinche frío. Cuesta mucho mantenernos calientes. Saca dinero. Cada vez uso menos billetes. Para eso son las tarjetas. Provisiones, defender las provisiones. Se acerca una horda. No, son dos. Darles en la cabeza, así ahorro municiones. Pinche trabajo. Programé mal un *WhichChoices*, el juego se atora. Necesito resolverlo rápido. Pero los zombis siguen aproximándose. Nomás no puedo matarlos. Necesito otras armas. Prendo otro cigarro. Y otro. Mi pareja me dice que ya no le digo tan seguido que me gusta. Sus cabezas explotan. Salpican todo de sangre. Pero son muy rápidos. No me dan tiempo de recargar mi arma. No soy un héroe, solo intento sobrevivir. Matar zombis es lo único para lo que sirvo. Pero soy bueno. Muy bueno. Me duele algo en los pulmones. Un error de lógica. Si ya vi el video esa opción no puede aparecer. Procesos narrativos algorítmicos. Al dar clic aquí reinicio la historia. Como. Trabajo. Duermo. Trabajo. Como. Trabajo. Duermo. Ya sé pensar como la máquina. Ya sé cómo se mueven los zombis. Ya sé cuánto tiempo se tardan en resucitar. Nuevo data. Lo envió para que lo suban al servidor. Como. Atiendo a mis hijos. Les

doy de comer. Y mato zombis. No les gusta lo que preparé. Vienen más zombis. Tengo ganas de ser ojete. Le grito al primero que entra a mi cuarto. No puedo lograr llevar las provisiones al helicóptero. Y tengo que conseguir medicinas. Mato más zombis. Tengo que revisar los dibujos. Toso. Sacó una flema negra. Quizá tenía sangre. No la vi bien. Tengo que entregar el reporte. Y matar zombis. Tengo que revisar el *scoreboard*. No funciona para los móviles. Desbloquee más misiones. Como. Entrego el reporte. Duermo. Sueño que unos intrusos se meten a mi casa. Sueño que mis pulmones se pudren. Sueño que mi pareja me quiere matar. Despierto. Saco más dinero. Tengo que pagar las colegiaturas. Hoy es el último día. Antes, mato zombis. Tengo que cambiar unos diálogos. Tengo que reprogramar varias rutas. Tengo que hacerme experto en productos de belleza. Me doy cuenta que es fin de semana porque los niños están en casa. Bajo *Los Muppets*. Pretendo sonreír. Pretendo estar interesado. No me han depositado. Rescato a una superviviente. Se ve bonita. Sí me la cogería. No tengo dinero. No tengo cigarros. Mi pareja me da dinero. Están matando a Evelyn. Pinches zombis. En la cabeza. En la cabeza. Me gusta la programación de sus movimientos. Ésos arrastran la pierna. Llevan al límite el movimiento del cuerpo humano. Nada los detiene. Su coreografía digital es implacable. Hasta que reciben el número suficiente de disparos. Caen en un charco de sangre. Salpican todo. Tengo alucinaciones olfativas. Puedo oler su carne pudriéndose. Duermo. Los niños siguen aquí. Tienen hambre. Anoche se cayó el juego. Tengo veinte mails reportándomelo. Que se está perdiendo el dinero. Que cliente no quiere pagar. Que si es el *engine*. Que si es mi data. Que si es el servidor. Soy *Slayer of Zombies*. Como frente al monitor. Espero reportes. Se están peleando. Los voy a ignorar. Arreglo un bug fácil. No fue mi error. Los juegos están arriba. Los personajes siguen atrapados en sus rutinas. Pero hay que programarles más opciones. Que nadie se dé cuenta. Programo dos minirrutas. Y mato zombis. En la noche, veo una serie. Me quita el sueño. Bajo. Prendo un cigarro. Mato zombis. Checo el *product placement*. Setenta impresiones de marca en diez minutos. Rejugabilidad promedio tres veces. Doscientas diez impresiones de marca en media hora. Acierto. En la cabeza. Cae muerto. Desbloqueo otros logros por mi puntería. Me deberían subir el sueldo. Nunca pagan lo suficiente. Y como. Y duermo. Y mato zombis. Son unos ineptos. El juego está abajo. El teléfono no deja de sonar. Me meto al baño. Mato zombis. Teleconferencias. Seattle, Buenos Aires. Programadores en Polonia. No está registrando direcciones. La promoción no sirve. Los ingenieros no responden. Mi hijo ya mata zombis también. Compramos ametralladoras juntos. Como. Trato de programar otros finales. Sin abrir demasiado el árbol. Hay un final al que no se puede llegar. Provisiones. Mato más zombis. Medicinas. Mato más zombis. Veo una serie. Mi pareja se queda dormida en mi hombro. ¡Vas bien! Conseguiste cuatro finales. Ya hay reportes de gente llegando al final feliz. Descanso y mato más zombis. Un juego para

hombres. Otro juego para mujeres. Despierto. Cuatro meses para tres proyectos. Tenemos que entregar esta semana. Soltarán la pauta. Miles de jugadores. Consigo más medicinas. Están apareciendo nuevos zombis. Dispara. Dispara. Mátalos a todos. Tratamiento rejuvenecedor en una semana. Incluir en todos los dibujos los datos legales de los productos. Tan ricas que son las quincenas. ¡Alguien! ¡Manténgame! ¡Ya! ¿Yo? Yo mato zombis. Están mordiendo a Evelyn. No la podré salvar. El helicóptero se va sin los supervivientes. Tengo que cambiar las rutas. Cliente no las aceptó. Se cae otra vez el juego. Que si cliente no paga, a mí tampoco me pagarán. Muchos errores. Muy poco tiempo. El mandado. Las clases extras. Colegiaturas otra vez. Que si vacaciones. Que si fiesta. Que si los límites del movimiento humano. Que si se pueden programar más opciones. Que si hay muchos errores. Que si hay quejas de los jugadores. Que si estoy ausente. Que si no contesto el teléfono. Que si no me alcanza para un lanzador de granadas. Viernes. Me emborracho. Me despierto. Quince mails. Que si está mal programado. Que de quién es responsabilidad. No mames. No veo con un ojo. No me chingues. ¿Y si lo cierro? Hay que programar el xml. Mañana hay junta con el cliente. No se está registrando el *placement*. No veo. Dispara. Dispara. No puedes parar. No te distraigas. A la cabeza. Son muchos. Que si quedamos de ir al cine. Que si se cancela la promoción. Que si el ingeniero no contesta. Questo, quelotro. Questo, quelotro.

Mientras, yo mato zombis.



PEPE ROJO es un escritor e intervencionista que lleva más de una década trabajando en la zona fronteriza entre las Californias. Ha publicado cinco libros y más de doscientos cincuenta textos que van desde la ficción hasta el ensayo, principalmente sobre medios, cultura y estética contemporánea. Dirigió *Desde aquí se ve el futuro*, una serie de intervenciones de ciencia ficción en la garita de San Ysidro y *Tú no existes* en la Ciudad de México. Ingresó en 2018 al Sistema Nacional de Creadores. Últimamente se le ha visto ondeando banderas de “Tierra y Libertad”.

AQUÍ SÍ SE ENTIENDE TODO

ALBERTO CHIMAL

En el video aparecen dos hombres. Caminan entre los autos por el estacionamiento. La cámara está fija en el techo, o tal vez a una columna de concreto, y ambos se alejan de ella. Uno viste un overol naranja, muy sucio, y el otro una camiseta verdosa que alguna vez fue negra, pantalones de mezclilla y zapatos tenis viejos y gastados. Sus caras nunca se verán claramente: ahora están de espaldas, por supuesto, pero en cualquier caso las sombras serán siempre espesas y negras, de alto contraste. Además, la textura de la imagen es áspera, de poca resolución. Los colores son muy intensos —sobresaturados—, pero esto sugiere que la grabación fue procesada.

De pronto hay un movimiento en el borde de la pantalla. Un tercer hombre se ha puesto frente de los otros dos. Está vestido de payaso: pantalones verdes, chaqueta roja y zapatos amarillos. Trae puesta una máscara blanca, probablemente de hule, con mechones de falso pelo de color azul o violeta.

Las facciones de la máscara son las de un demonio, con enormes colmillos.

Los otros dos hombres, evidentemente desconcertados, se detienen. Por unos segundos no se mueven.

En este momento se revela que delante del payaso, entre él y los dos que lo miran, hay un cuerpo tendido en el suelo. Es que se mueve un poco. Está parcialmente oculto en una sombra en el piso y parece, primero, una mancha, una forma sin sentido. El movimiento lo convierte en un conjunto coherente: la cabeza, con un rostro de facciones inciertas; su brazo izquierdo —una manga larga, un manchón informe que debe ser una mano— y tal vez parte de su torso.

Pasan segundos. Las otras figuras —el del overol, el de la camiseta, el payaso—

permanecen inmóviles y permiten que la atención se concentre en el cuerpo tendido. Su movimiento podría ser vacilante o podría ser espástico, fuera de control. ¿Está herido, drogado?

No se sabrá. De pronto el payaso levanta un martillo enorme (¿de metal?, ¿lo tuvo siempre en las manos?) y golpea con gran fuerza la cabeza del cuerpo tendido, que truena (¿o explota?, ¿qué es ese sonido que se escucha?) y arroja un chorro de color rojo hacia el del overol y su amigo.

Ambos gritan. Ambos dan media vuelta, con lo que muestran a la cámara sus pechos y sus caras embarrados del líquido rojo. Ambos huyen corriendo con el payaso detrás de ellos, blandiendo su martillo. Los tres salen de cuadro y no regresan.

El video termina. El reportero cierra la tableta y se la devuelve a la editora.

—Es una de esas bromas pesadas —dice—. De las que hacen con cámara escondida. De seguro el cuerpo que está en el suelo es un muñeco. La cabeza es un globo lleno de alguna sustancia y tiene un resorte o algo que le mueve el brazo. En la página no aparece quién lo hizo, ¿verdad? No hay logos ni nada...

—No.

—Debe estar recortado: lo tomaron de algún otro sitio. Típico. A lo mejor por eso está procesado y se ve así. Mándame la dirección para verlo luego en casa. Y pobre tipo, el del overol, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque estaba hecho un cerdo. A la hora de echarse a correr debió haber tenido un infarto.

Los dos ríen un poco, levísimamente.

—¿Entonces me mandas la nota mañana en la mañana? ¿Qué te dijo el especialista? —pregunta la editora. Se refiere a un académico que aceptó hablar con el reportero sobre su tema: las leyendas urbanas (y sus muchas derivaciones modernas, entre las que están por supuesto videos como el del payaso) y su gran popularidad en algunos países con altos índices de violencia.

El reportero saca su propia tableta, la enciende y abre un archivo. Dice:

—Es un poco obvio, lo que dijo. Que la realidad supera siempre a la ficción, que la gente sabe que las historias de horror más impactantes son las de la vida real, las masacres... A ver, déjame encontrar una parte. —Con un dedo mueve el texto por la pantalla—. La gente en países como éste, dice él, no puede “escaparse”, distraerse con esas historias violentas como lo hace quien no las tiene cerca. Simplemente porque son su realidad. A menos que sea muy rico, que sea político o capo, de escape no le sirven. Y entonces se tiene que buscar otras. Que parezcan reales, pero que tengan que ver con otras amenazas. Payasos asesinos, monstruos del espacio con muchos tentáculos, el Hombre Delgado...

—¿Qué es eso?

—¿El Hombre Delgado? Un tipo muy flaco, sin cara y como de tres metros de alto que sale en fotos.

—¿A la gente le da miedo eso?

—Es superpopular. Pero el punto, según el tipo éste, es que los monstruos gustan no solo porque entretienen, sino también porque en el fondo son un consuelo. A sus víctimas siempre se les ve de lejos, siempre les va peor que a uno, y además uno puede entender lo que les pasó, cómo se pusieron en peligro, qué error cometieron. Se podría decir que lo mismo pasa en los videos de ejecuciones, de decapitaciones: “qué está haciendo ese tarado en Siria”, “para qué se mete con narcotraficantes”. —La editora hace una mueca y el reportero marca las comillas en el aire—... Así piensa la gente. Pero se ve mal admitir que uno se entretiene viendo una muerte verdadera. Mejor ver muertes igual de violentas, pero que uno pueda defender diciendo que son falsas. Hay otra cosa que dice esta persona... —El reportero busca de nuevo en el archivo—. Aquí está. En la vida real uno no entiende por qué le va mal, por qué no tiene dinero, por qué lo deja la pareja, por qué los que tienen el poder hacen las cosas que hacen. Pero aquí sí se entiende todo.

La editora conversa un poco más con el reportero. Luego le dice adiós y este sale de la pequeña oficina. A un lado de la puerta está el Atacante, pero el hombre pasa junto a él sin prestarle atención: no tiene el aspecto de un payaso, un demonio, un ser inhumanamente alto, un monstruo tentaculado del espacio ni un criminal peligroso. Es decir, la estrategia de desinformación del Atacante y sus amigos —que es muy ardua y compleja: que incluye videos como el del payaso y muchísimo más— sigue funcionando y nadie repara en él.

El reportero camina hacia los ascensores. El Atacante brevemente piensa en lo fácil que sería echar a andar tras él, abordarlo en algún sitio discreto y llevárselo. Nadie puede resistírsele. Lo más que podría hacer, ya atrapado, sería adelantarse a cualquier explicación y comprender, sin ayuda, lo que va a sucederle.

Pero, desde luego, algo así sería absurdo. ¿Para qué ir precisamente contra un reportero, que es de los que difunden las noticias fabricadas o matizadas expresamente para permitir las actividades del Atacante y de sus amistades?

“En donde se come no se caga”, dice, con frecuencia, Carablanca, una de las amistades más cercanas del Atacante. Es una persona vulgar y desagradable. Le gusta dejarse ver y luego castigar a quienes cometen el error de mirarla con demasiada atención. Su frase es desagradable, pero no se equivoca.

Así que el Atacante espera a que llegue otro ascensor. Baja al estacionamiento, paga su boleto, sube a su coche y sale a la calle. Conduce a velocidad moderada y sin cometer imprudencias. En poco tiempo ya está ante su casa, ya se estaciona, ya entra y

baja al sótano enorme, perfectamente equipado.

Las personas que recogió en la última semana siguen en las jaulas o atadas a las mesas. Y siguen vivas, conscientes, lúcidas.

Nadie entre ellos lo buscó. Nadie tenía afición o interés previo en las historias de conspiraciones y fantasmas. Nadie es tan importante como para que lo echen de menos o investiguen su paradero.

Algunos gritan, para suplicarle o maldecirlo, pero casi todos callan, amansados por los días o semanas o meses de cautiverio. No siempre los más estragados, los que ya no tienen extremidades o piel, son los más dóciles.

—¿Qué pensarían de uno? —dice el Atacante, en voz, alta, pero es una pregunta retórica. Entra en el pequeño guardarropa y sale vestido con la bata blanca y el delantal de cuero, listo para elegir las herramientas que empleará esta noche.



ALBERTO CHIMAL (Toluca, 1970) es autor de las novelas *La torre y el jardín*, que fue finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, y *Los esclavos*, así como de muchas colecciones de cuento, incluyendo minificción y textos experimentales vía Twitter. Ganador de numerosos premios literarios, entre ellos el Premio Nacional de Cuento y el Premio Bellas Artes de Narrativa, su trabajo ha aparecido en inglés en *The Kenyon Review*, *FLURB*, *Nagari*, *Asymptote*, *Latin American Literature Today* y *World Literature Today*, y ha sido antologado en *Best Short Fiction*, *Flash Fiction International* y *Three Messages and a Warning*. Es columnista de la revista *Literal Magazine*. Escribe en el sitio literario www.lashistorias.com.mx y tuitea como @albertochimal.

LA MÚSICA Y LOS PÉTALOS

GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

MARTES

Cada vez que bajo escucho la música. No quiero ir, me da miedo. La música es horrible. Gritan mi nombre y yo sé que van a pedirme que baje, y no quiero. Siempre hay cosas que traer de Allá Abajo: cacerolas, el tejolote para moler, el asador pequeño, gasolina blanca, o la olla especial en la que mi mamá prepara el pollo cuando alguien viene a cenar... y siempre he de ser yo quien lo suba. ¿Por qué? A veces mamá manda a mi hermano, pero entonces él me manda a mí, y no puedo negarme porque si no...

Tal vez lo que hace mi hermano no sea peor que la música. Pero no me gusta.

Antes estaba bien ir al sótano, inventarme historias detrás de los marcos de pinturas que ya no están, o el baúl con la ropa fina y vieja de los familiares muertos, que de tan estrecha hasta parece que la compraron cuando ya eran esqueletos. A veces me la ponía y me paseaba así vestida entre los objetos de Allá Abajo. No había qué temer porque jugaba a un montón de babosadas con la luz prendida, recuerdo que una vez hasta me comí una telaraña para ver a qué sabía (a nada, pero se pega horrible al paladar).

Hasta que comencé a oír la música.

¿Cómo describirla? Ta ta ta... tara tá taratá...

Por algo hubo gente muy lista que inventó un método para escribir cómo suena la música, porque poniéndola así creo que no se entiende. Allá Abajo también están guardados los cuadernos con las lecciones de piano que mi hermano abandonó hace algunos años, pero da lo mismo: no quiero bajar.

Me gustaría describir a qué suena. A veces siento que si alguien más la escuchara me diría: “¡Pobrecita, lo que has de sufrir!”.

Entonces ya no me sentiría tan sola.

LUNES

Hoy llegaron nuevos vecinos. Mi mamá cuenta que antes esa casa, que está junto a la nuestra, era la tabacalera de unos parientes, que ahí despalillaban las hojas y las ponían luego a secar, que siempre olía rico, a Negro San Andrés¹ sin quemar. Y que en una época el sótano de su casa y el de la nuestra estuvieron conectados. Me quedé con la boca abierta imaginando lo enorme que sería Allá Abajo si los juntáramos. Mamá me acarició el pelo. Me atreví a preguntarle: “¿No oyes a veces una música?”. “¿Qué dices?”, respondió con una risita que lo dejó todo claro. Si la oñera me habría dicho: “Sí, y no quisiera que la escucharas tú también”.

No tiene ni idea, pobre mamá. Mejor así.

VIERNES

Los nuevos vecinos son jóvenes. La esposa es muy linda, morena, de rasgos finitos. ¡La piel que tiene!, igual que la madera pulida. Si te acercas mucho a ella huele delicioso, a cucharón nuevo. Al esposo no lo vi, pero otra vecina comentó que se parece a los curas españoles de los cuadros. Quizá hoy en la tarde lo conozca.

Mi hermano ha estado muy tranquilo, pero parece que la vecina lo alborotó. A ver si no se pone pesado conmigo. No quiero escuchar la música. Todo parece tan normal ahora...

La primera vez que la oí yo iba bajando las escaleras. Me habían pedido que subiera una manta de lana, porque el viento soplaba fuerte y en las noches así llega a refrescar. La melodía se escuchaba hueca, apagada, como a través de una pared. Pensé que a lo mejor en la casa de junto alguien estaría tocando un instrumento, ensayando la misma melodía una y otra vez, una muy corta, insistente. Pero claro, la casa estaba vacía. No hay más que decir, solo el aire soplando dentro de un tubo de metal para repetir esa frase. ¿Qué dirá?

Cuando la oigo, siento la misma tristeza que tuve cuando visitamos el faro del puerto. La sirena me sonó como un aullido, pero mamá dijo que el faro salvaba a los barcos de perderse en la noche del mar. A mí me pareció que el faro gritaba: “Den vuelta atrás, porque aquí está el peligro, aquí no hay nada”. A eso suena la música.

Es difícil explicarlo.

Quizá el día en que lo logre la deje de escuchar.

SÁBADO

Mi hermano es un hipócrita. Cuando está mi mamá es una seda el hijo de la fregada. Yo no lo acuso porque aquello le daría un gran disgusto a mamá, y con lo mucho que trabaja y tan sola que está...

Ayer, el idiota andaba merodeando entre la parte trasera de las dos casas, aprovechó que la hierba está muy crecida por las lluvias para esconderse. Lo vi mirar a la vecina, que no hacía gran cosa, nomás acomodar trastes en la cocina y buscar por todos lados un paquetito que luego abrió con desesperación. Y en eso llegó el esposo. Por suerte mi hermano nada más miraba, aunque de todos modos el señor se molestó bastante. “¿Qué quieres?” le dijo, muy brusco. “Nada, oí que andaba un animal por aquí”, dijo su voz, que adoré escuchar tan temerosa. El hombre, para mi sorpresa, debió intuirme porque volteó a verme en mi torpe escondite detrás de las cortinas. Mi hermano volteó también, y con solo ver la cara que puso supe cómo me iba a ir después.

El señor llamó a su mujer. El nombre de ella, en sus labios, sonó extraño, grave. Mi hermano dio las buenas noches y entró a la casa veloz entre tallos y mosquitos. “Vamos abajo”, me dijo. “No”, contesté con un hilito de voz mientras me jalaba el pelo y me conducía a las escaleras detrás de la puerta. Escuché la música otra vez cuando mi hermano apagó la luz Allá Abajo; y él, junto con todos los cachivaches, se convirtió en sombra.

A veces no sé qué es más terrible, si la música o la voz ahogada de mi hermano.

En lo profundo de mi cabeza la melodía retumba acompañada de un gemido hondo, seco, la combinación me sumerge en un sopor denso. Me siento tan pesada que me hundo, siento que me paraliza, pero lo más extraño es que no es mi cuerpo el que no puede moverse, soy yo. Y sin embargo, ahí estoy, lo veo todo frente a mí ocurriendo mientras las notas se repiten, mientras cosquillea en mis piernas la sensación terrible de que la caída nunca acabará y eso que siento que soy yo y no mi cuerpo se sumerge en un pozo negro de espesas aguas, la música adueñándose de mis manos, de mi carne... Mi hermano recompone su cara de eterno idiota para subir las escaleras. Y es hasta entonces que yo vuelvo de aquella oscuridad, de aquella muerte.

Antes no era así. Las primeras veces duraba poco.

Pero ahora cada vez es más resistente. Más insatisfecho.

LUNES

Hoy salí a dar una vuelta por el río y encontré a la vecina vagando descalza por la orilla. “Ven”, dijo, “¿me ayudas?”. Me paré junto a ella y se agarró de mi brazo. Alzó uno de sus pies chiquitos, chiquitos, y con la otra mano sacó la espina que se le había clavado. Me dio las gracias con la coquetería de la que yo carezco. Se fajó el suéter grande que llevaba, necesario a causa de la extraña bruma que cayó en la región por estos días. Rebuscó en los bolsillos para sacar un cigarro que encendió como las señoras elegantes. Habló de varias cosas, pero no le puse mucha atención hasta que el viento me produjo un escalofrío y ella tocó mi brazo. “¿Tienes frío? Tengo chocolate en la casa, te invito”. Y fui.

Su casa es casi igual a la mía, a pesar de que todavía le queda aire de fábrica. La vecina sirvió el chocolate en tazas azules, muy lindas, sosteniéndose con los dedos los rizos apretados lejos de la cara. Me dio un poco de lástima. La sentí sola, sobre todo porque se puso a platicar conmigo como si yo fuera una amiga de su edad. Hasta me preguntó si tenía novio (me puse roja, claro). “Estás muy bonita. Si yo te hiciera un peinado así y así (decía mientras me alzaba el pelo en la coronilla, lo retorció a los lados, lo sujetaba con horquillas), te tendríamos que espantar a los pretendientes”. De repente puso cara triste, me examinó y con un suspiro dijo: “Pero tienes curiosidad de niña todavía”. Si supiera. Yo no sabía si una se podía emborrachar con el chocolate, pero sentía la cara hirviendo y la voz valiente, así que le sorrajé la pregunta: “¿Te gusta tu sótano?”. Se echó a reír y contestó: “¿Y a ti, el tuyo?”. “Ven”, me dijo, y la seguí por tercera vez.

Abrimos la puerta que conduce a ese otro Allá Abajo, y se nos vino encima una cara sin color, semejante a la parafina de las velas, los ojos idos, vidriosos. Su marido.

“Vamos a bajar”, le avisó. El hombre no contestó. Solo la miraba a ella, embelesado y tullido como un muñeco de cera que hubiera bajado, desorientado, de su pedestal. Luego siguió de largo.

Su sótano, a comparación del nuestro, tiene menos objetos expuestos. Hay pilas y pilas de cajas, algunos muebles viejos, otros que pertenecían al negocio del tabaco. Mejor iluminado, eso sí.

“Me dijeron que nuestros sótanos están conectados”, hablé, todavía borracha de chocolate.

“Sí. Por ahí se pasaba”, respondió y señaló con una mano lánguida hacia el muro. “Ahora ya está sellado”.

Yo no esperaba esa respuesta. Me acerqué. Entre cajas y huacales vi que en la pared se distinguía el resane de una silueta, la de una portezuela, quizá. Parecía una cicatriz irregular y brillante que hablaba de alguna herida sufrida por las dos casas. Recargado en el mismo muro había un elegante estuche negro. El estuche de quién sabe qué instrumento musical.

“Era de mi padre”, me dijo como si me hubiera leído la mente. “El Negro”, dijo pateando las palabras fuera de su boca con amarga burla.

Así empezó, sin más. Me sentí incómoda, pero pensé de nuevo en su soledad. Hablar de su familia, una vez casada y lejos de los suyos, era lo más lógico.

“Aquí en la esquina lo tenían. Amarrado. Ya sabes cómo era la gente con sus esclavos”.

Abrió el estuche con sus dedos largos y morenos. Había una especie de flauta larga, con muchas llaves y tubitos desarmados a los lados.

“Fagot, se llama. Sabrá dios cómo se arma”, dijo entre desdeñosa y sonriente.

Cerró el estuche. Cogió el trapo que tenía atorado en su delantal para limpiar las tapas de las cajas, llenas de polvo.

“Tu familia tenía a mi padre desde que era niño, era su peón. Tú debes saber lo que se dice: que fue mi padre el que le pegó el mal a tu tío, el que estaba loco. Pero no fue así. Todos saben que fue al revés... pero había que echarle la culpa al negro...”.

Me miró, angustiada. “Ay, yo creo que no te debo hablar de eso...”, dijo y lo tostado de su rostro se tornó color ladrillo.

“Me sé la historia, mi mamá la cuenta a cada rato”, le dije. Mentira. Mi mamá odia hablar de eso. Odia reconocer que mi hermano es como la familia de mi papá, odia recordar que ellos, tan rubios y tan puros, preferían casarse entre sí, que ella había sido uno de los frijoles en el arroz de aquella estirpe francesa. Tanto nos despreciaron por manchar su linaje que a regañadientes nos dejaron vivir en nuestra casa cuando murió mi papá.

“Entonces sabes por qué estoy aquí”, dijo. Imagino que mi cara de tonta fue evidente porque dio un suspiro largo, se sentó en un huacal y, sacando el paquetito que el otro día buscaba, siguió contándome la historia.

“Mi padre tomaba esto para estar fuerte y lúcido”, dijo a la vez que me enseñaba el puño de pétalos de colores contenido en el paquetito. “¿Qué es?”, pregunté. “Otra clase de tabaco”, respondió con un brillo raro en los ojos, como aguantándose la risa. Olía a una mezcla de vainilla y ese olor secreto de los hombres que yo solo he conocido en mi hermano. “Mi padre trabajaba con tu tío, algo de él le gustaba. Lo jalaba para todos lados”, comenzó a decir, agarrando un puñito de pétalos, algunos secos, otros blandos. “Era su mano derecha hasta que mi padre se enamoró de mi madre y nació yo. Pero ya sabes cómo era tu tío, ¿o no te contaron?”. No me dio tiempo de responder, y no creo que esperara que yo dijera algo. Entrecerró los ojos como para enfocar la imagen de aquel hombre omnipresente en mi casa, en los objetos de Allá Abajo, en las fotografías empolvadas que mi madre nunca quiere ni tocar. “Era muy necio, agresivo. Aquello que quería, lo conseguía. Pero lo perdía la calentura”, aquí la vecina se puso los pétalos en la lengua. “Le echó el ojo a mi mamá. Güero como era —así, igualito que tu

hermano—, sentía que no había quién se le resistiera, pero con mi mamá no pudo por las buenas... entonces envenenó a mi padre con esta cosa”, dijo sacudiendo los pétalos, que sonaron vivos como los guijarros arrastrados por la lluvia. “Lo volvió loco. Aullaba. Yo me acuerdo”.

Afuera, las cigarras y besuconas eran el único ruido del crepúsculo. Sentía la piel pegajosa y húmeda dentro de aquel lugar en el que se trasminaba la vida de arriba: el vapor del chocolate caliente, el perfume del señor de la casa, el regusto de la cal que blanqueaba las paredes, el aroma dulzón de aquellos pétalos. ¿Dónde, de qué árboles o de qué ramas florecerían?

La mujer masticó dos o tres como si fueran tabaco. Los ojos se le agrandaron, parecían más negros, más brillantes. Me miraba raro, pero no me dio miedo. Yo quería saber.

“Tu tío era el loco de nacimiento. Mi padre, el loco fabricado”; y con esta frase se echó a reír con aspereza, sus rizos enmarañándose cada vez más. “Por el día trabajaba, y al oscurecer lo encerraban acá, en el sótano. Creían que nos lo llevaríamos lejos si se quedaba con nosotras, en nuestra casita miserable. Ni siquiera podíamos decidir irnos con nuestra tristeza a otra parte. Mi madre se vestía de domingo cada que veníamos al sótano, como si el talco o el carmín le pudieran devolver la cordura. Pero ni su mujer ni su hija: era la música lo que le devolvía algo de paz. Tu tío le había regalado su fagot porque nunca aprendió a tocar bien, por vago, por fodongo. Por cochino. Prefería entretenerse con otras cosas, hacerles hijos a sus hermanas o a sus cuñadas, aunque estuvieran casadas. Mi padre aprendió a tocar el fagot mientras caminaba en su encierro, en su reino del sótano. Todo un Yanga,² mi padre. Tocaba precioso...”. La vecina entornó los ojos, iluminados de pronto. A mí todo me parecía brillante, espléndido en aquel momento, no sé si ella se daba cuenta. “Como si nos hablara con la música. Las cosas lindas que no podía decir, las soplaba dentro de las notas inflándolas como globos para que las entendiéramos, para acariciarnos con los brazos de la melodía”.

“¿Quieres más?”, me ofreció el paquetito, sus pétalos tenues, de colores hermosos. Entonces entendí que le había puesto aquella cosa a mi chocolate. Me reí más de la cuenta. Negué con la cabeza y me dejé llevar por esa blanda sensación. La vecina siguió, sus oscuras pestañas haciéndole sombra en los pómulos. “Mi mamá me traía de visita, también vestida de domingo, peinada con listones. Qué hombre grande y oscuro era mi padre. Sus ojos refulgían en la densidad del sótano, muy blancos, muy abiertos. Me tomaba en brazos y me besaba con tanto cuidado, como si me fuera a romper. A mi madre la adoraba. Le acariciaba las mejillas, la veía largo rato. Y luego se echaba a llorar. Tomaba el fagot y tocaba esas canciones tan bonitas que él mismo componía. Hasta que tu tío... bueno. Después de eso solo tocaba la misma melodía, una y otra vez, una

canción incompleta, desafinada, horrible”.

La vecina perdió la mirada en la esquina del sótano, como si estuviera viendo una atrocidad. Entonces sentí un vacío en el vientre porque la música, mi música, salió de su boca: *Ta ta ta... tara tá taratá...* Después me miró. Sus ojos lucían desesperados. Calló un momento. Luego su rostro delicado se transformó. “Tu tío la desgració, aquí mismo. Mi padre ahí amarrado, mirando. Yo dormía. Sabía que mi madre era brava, que algo haría después de semejante injuria. Por eso la mató”. Miró los pétalos con desconcierto, tomó un par. Sus ojos cambiaron otra vez, profundos y compasivos como los de un animal. “Ay, linda, qué porquería de mundo”, dijo con la voz entrecortada.

MARTES

“No me gusta que andes figoneando con la vecina. Su marido es muy payaso”, me dijo mamá hoy. “¿Sabes que somos casi como de la familia?” le contesté con sorna, nunca le había hablado así. Pensé que se enojaría, pero en lugar de eso parecía sorprendida. “Eso supuse”, respondió. Lo que confirma que mi madre lo sabe todo. ¿Sabrá también de mi hermano, de mí...?

De todos modos, somos tan miserables que mi desgracia no tiene de dónde heredar una casa que pague las culpas del hijo demente.

MIÉRCOLES

Les he preguntado a las otras vecinas qué saben de la muerte de mi tío. “Murió de lo suyo”, me respondieron. Dicen también que le trataron el espanto, pero no surtió efecto. Otros piensan que lo embrujaron, otros, que murió cundido de rabia. Lo que todas cuentan es que el ataúd estaba vacío, quién sabe por qué. A nadie le pareció raro porque la familia así era con sus cosas: extraña, desapegada. Indiferente. Así serán los locos.

No hizo falta que yo preguntara por el Negro. En cuanto empezaron a cuchichear sobre mi nueva amiga, salieron las teorías de sus lenguas largas: que mató a un niño, que huyó por la tarde sobre un caballo color nube, las enormes manos batidas en sangre manchando su crin.

Las demás mujeres de nuestra calle tratan bien a la vecina cuando la encuentran de frente, pero a sus espaldas hablan de su descaro, de que se le transparenta la falda, de

que no usa sostén. De que su marido debe andar entoloachado para no darse cuenta de lo que tiene en casa.

Ella me saluda normalmente, haciendo de cuenta que no me contó nada. No he vuelto a escuchar la música. Mi hermano anda entretenido por otros lares, y yo, feliz, ayudo a mi mamá a lavar el cerro de ropa pendiente, imaginando que estamos solas ella y yo, que nos bastamos para este mundo.

JUEVES

Vi desde las cortinas lo que ocurrió.

Mi hermano habló con la vecina. Llevaba unos discos, se los puso. Ella le dio tantita coba, pero después ya estaba muy incómoda. No se sentó con él ni un momento. No es la mujer que las otras aseguran. Creo que ninguna mujer es esa que las vecinas describen y a la que tanto les gusta insultar. Luego mi hermano comenzó a acercarse mucho. Entonces ella abrió la puerta trasera para que saliera. Él empezó a reclamarle con palabras y gestos soeces. La vecina hacía pucheros, ponía la misma cara que ponen las niñas a punto de llorar, pero no le regresó las majaderías. Quise salirme, ir a donde estaba mamá, seguramente en alguna de las casas a donde iba a planchar. Pero cuando abrí la puerta de casa, entre la bruma extraña, caliente que hacía, él me salió al paso. “Vamos abajo”, me dijo con la voz llena de aquel olor.

Mientras descendíamos, mi hermano gritaba cosas terribles acerca de cómo las mujeres nomás viven para provocar, para ser la desazón en la vida de los hombres, que nos gusta hacernos las tontas. Me jalaba el pelo, me daba mordiscos y estrujaba mi carne, mi pobre carne que comenzaba a paralizarse, a oír la música. Tropezamos con el banquillo del piano, las partituras se desparramaron por el piso como una baraja, ¿estaría ahí escrito el antídoto contra la horrible melodía que se acercaba? Masa informe de sudor, cabellos rubios y lengua era mi hermano encima de mí, ¡y la música! Un estruendo desesperanzado me asfixiaba sin remedio. Entonces la música sincronizó su ritmo con el de mi corazón, oscureciéndolo todo. El leve aliento que yo era se entumió en la duermevela. Mi cuerpo quieto abrió los ojos de pronto, otros ojos. Mis manos, otras manos, se alzaron gruesas contra el cuello blanco de aquel hombre, y apretaron y apretaron... Mi hermano golpeó mi cara de niña, pero mi cara, otra cara, se abalanzó contra la suya, y la mordió, y devoró sus mejillas en trozos pequeños que me supieron dulces, el dulzor del cerdo y la tibieza de la sangre en mi boca, otra boca, una grande, de dientes blanquísimos. Y luego todo mi cuerpo, otro cuerpo, alto y furioso, sometió a mi hermano a patadas, a mordiscos; a pedradas desprendió su piel, a golpes molió y separó sus miembros. Mi cuerpo, ese otro cuerpo hecho de música, de melodía sólida,

tumbó con rabia el muro que dividía ambos sótanos, y ahí echó los dientes y los brazos y los pelos de linaje casi puro, junto a los otros huesos infames, ya carcomidos y viejos. Después mi cuerpo espléndido, mi otro cuerpo fibroso, sonoro, buscó con qué cerrar el boquete en la pared.

Supongo que esta vez la música fue difícil de ignorar. Mi mamá ya había bajado al sótano, Allá Abajo, conmigo. Me esperaba al pie de la escalera con la pala y el saco de yeso.



Nota: Este cuento se publicó en *Palabras Errantes. Latin American Literature in Translation*. Disponible en palabraserrantes.com.



GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE es escritora de narrativa y ensayo, periodista de cine y literatura. Junto con otras autoras, artistas y gente de diversas disciplinas científicas pertenece al Cúmulo de Tesla, colectivo que desea fortalecer las relaciones entre el arte, la ciencia y la ciencia ficción. Ha publicado en antologías como *Los viajeros. 25 años de ciencia ficción mexicana*, *Festín de muertos*, *El silencio de los cuerpos: relatos sobre feminicidios* y *Three Messages and a Warning* (Small Beer Press, 2010), nominada al World Fantasy Award. Twitter: @gabrielintica

1Puros elaborados con tabaco negro plantado en el pueblo de San Andrés Tuxtla, Veracruz.

1Puros elaborados con tabaco negro plantado en el pueblo de San Andrés Tuxtla, Veracruz.

EL AIRE LIMPIO OLERÁ A ALBARICOQUE PLATEADO

ANDREA CHAPELA

Rikka despierta, salta de la cama, se pone las pantuflas de flores rosas que esperan en el suelo porque papá siempre la regañaba por andar descalza y corre hasta el cuarto de mamá. La puerta abierta, la cama hecha, las cortinas echadas. El libro *Árboles del mundo* sigue abierto en el capítulo que leyeron la noche anterior.

Mamá no está allí. Rikka da media vuelta y baja las escaleras hacia la cocina.

Encuentra a mamá sentada, una taza que ya no humea frente a ella, la cabeza apoyada en las manos. Rikka se detiene en la puerta. La cocina también está a oscuras. Las sombras la aplastan, siente que necesita guardar silencio, mamá salta con el menor ruido, pero Rikka está harta del silencio.

—¿Puedo checar los niveles? ¿Puedo? ¿Puedo?

Mamá levanta la cabeza. Le sonrío suavemente y extiende la mano en señal de bienvenida. Rikka atraviesa la cocina para recibir el abrazo. Apoya la cabeza en su pecho y el olor a seguridad la envuelve. Con sus dedos, mamá le desenreda el cabello lacio y negro. Rikka aguanta un par de minutos, pero cuando no puede esperar más se desenrosca del abrazo.

—¿Puedo checar los niveles? —repite bajito.

—¿No quieres esperar al abuelo? ¿Recuerdas qué día es hoy? Vamos a ir al Bosque Regional.

Rikka asiente.

—Podemos checar los niveles antes de que Jiji llegue.

—Rikka...

—Por favor —extiende cada vocal mientras habla.

Mamá se levanta y Rikka nota que no trae pijama, sino la ropa del día anterior. La sigue hasta la puerta de cristal que lleva al jardín. La cápsula blanca las espera al fondo,

cerca de la verja donde ningún árbol le hace sombra al retoño de ginkgo que se asoma. La cápsula o maceta, como la llama mamá, es suficientemente alta como para llegarle al pecho a Rikka y suficientemente ancha para que cuando la abraza, sus dedos apenas se rocen del otro lado.

Llegó hace veinte días. Jiji la trajo en su camioneta y a pesar del dolor de espalda la cargó hasta el jardín. Desde entonces Rikka se ha levantado cada mañana para pedirle a mamá que revisen los niveles: humedad, nutrientes, luz. Rikka aprieta los botones uno tras otro y mira las gráficas en la pantalla. Luego observa con cuidado las hojas, comparándolas con sus dedos. Revisa si hay alguna hoja nueva, si han cambiado de color, lleva una cuenta exhaustiva del crecimiento. Le sonrío a mamá cuando termina su inspección.

—Le voy a contar de mi diente —dice y señala el hueco en su boca.

—Jiji llega en una hora. ¿Me prometes que vas a estar lista?

Ella asiente y mamá regresa al interior de la casa. Rikka le cuenta al ginkgo en la maceta sobre el diente que se le cayó la noche anterior. Mamá le estaba leyendo y Rikka jugaba con el diente flojo cuando de repente *pop* y el diente estaba en su mano. Una brisa mueve las hojas verdes del ginkgo y Rikka siente que la escucha. En los últimos veinte días ha crecido tanto que ya está listo para cambiar de hogar. A Rikka le han explicado varias veces que los árboles normalmente no crecen tan rápido, que la cápsula tiene nutrientes modificados, que es un proceso acelerado, pero ella no ha puesto atención, todo su interés se centra en los cambios que observa día a día: la aparición del retoño, de las primeras ramas, de los primeros capullos, de las primeras hojas, los cambios de color, la caída de algunas hojas, la aparición de otras. Pronto, le ha dicho Jiji, será tan alto como ella.

El ginkgo representa resiliencia, supervivencia, incluso renacimiento. Hace cien años cuando cayó una bomba atómica, en Hiroshima sobrevivió un ginkgo que aún está vivo. *Árboles del mundo* tiene un capítulo dedicado al ginkgo, el mismo capítulo que mamá le ha leído cada noche. Tantas veces ya que Rikka puede corregirla cuando se distrae y lee algún detalle incorrectamente. El *Ginkgo biloba* es un fósil viviente, un árbol que existía en la época de los dinosaurios y que no tiene ya ningún pariente vivo. Es uno de los árboles más longevos y que purifican mejor el aire, tal vez por eso fue elegido hace treinta años como la especie a modificar para limpiar el aire. Rikka nunca ha ido al Bosque Regional, la reserva más cercana, pero ha visto videos y Jiji ha respondido todas sus preguntas. Le dijo, por ejemplo, que cuando el presidente anunció las nuevas iniciativas en las que cada ciudadano contribuiría a reforestar mencionó que en el futuro el aire olería a albaricoques. Rikka se cruzó de brazos y contestó que las frutas del ginkgo olían muy mal y que no eran albaricoques reales; ese solo era su nombre en chino.

—¡Rikka! Jiji ya va a llegar. Sube a vestirte.

Rikka elige su mejor vestido, uno blanco con encaje. Se pone también las botas de campo, amarillas y pesadas, que papá le compró para que fueran a acampar el próximo verano. Cuando suena el timbre, baja las escaleras de dos en dos gritando que ella abre. Rikka ni siquiera se detiene y se lanza directamente a los brazos de su abuelo. Jiji, un hombre grande, con el cabello blanco y los brazos fuertes, recibe a Rikka. Ella comienza a hablar de su diente, de la cápsula. Mamá abraza a su suegro y luego mira a Rikka.

—Ese vestido... —empieza, pero Jiji la interrumpe.

—Deja que la niña se ponga lo que quiera.

Mamá suspira con cansancio y no continúa la discusión.

—Por lo menos sube por un suéter antes de que nos vayamos.

Rikka sube las escaleras de dos en dos, toma el suéter y, en el último momento, también toma el diente que escondió entre sus calcetines la noche anterior, para que el ratón de los dientes no lo encontrara.

Cuando baja, corre al jardín. Se detiene al cruzar la puerta de cristal y camina hasta el pasto aplastado donde antes estaba la maceta. ¿Por qué tienen que llevarse el ginkgo? ¿No sería mejor que se quedara con ellas en la casa? ¿No limpia el aire igual de bien desde allí? La voz de Jiji desde la reja le hace alejar la mirada del pasto. Sale por la puerta lateral. Jiji está cerrando la puerta de la cajuela.

—¿Lista? —le pregunta.

—¿No puede quedarse con nosotros?

—Los ginkgos tienen que vivir en el Bosque Regional. Son las reglas —dice mamá. Tiene la puerta del coche abierta y parece que es lo único que la sostiene, como si al soltarla fuera a caerse.

—Pero...

—Tenemos que irnos, Rikka, o vamos a llegar tarde a la cita.

Rikka obedece a mamá y sube al coche. Salen de casa, toman la calle, se alejan del vecindario con todas sus casas tradicionales, el pequeño pueblo pasa rápido a su alrededor. Papá y mamá habían elegido vivir ahí por la cercanía con la naturaleza, que era un claro beneficio para criar a una niña.

Cruzan el río cristalino y brillante bajo el sol. Veinte minutos después, Rikka señala la línea de árboles a la distancia. Pasan por debajo del arco que anuncia la entrada al Bosque Regional y se internan en busca del lote 3307.

Un hombre alto, vestido con un traje negro, pero con el pelo en una coleta larga, los espera en la entrada de la sección. Se inclina cuando estacionan el coche. Luego se acerca a la cajuela y ayuda a bajar la cápsula, aunque Jiji insiste en llevarla. El hombre los guía y ellos lo siguen.

Rikka observa alrededor, los árboles, todos ginkgos, son enormes, mucho más altos que las imágenes del libro. Algunos han comenzado a ponerse amarillos anticipando el otoño. La mayoría de los árboles en esta sección tiene más de veinte años, según las placas que hay frente a cada uno. En algunos casos, los árboles tienen un pequeño altar, una fotografía en frente de ellos. Rikka, que no ha perdido el placer de su recién adquirida habilidad de leer, busca cada uno de los nombres y los lee en voz alta.

Al llegar al lote ya hay un hueco abierto. El hombre y Jiji acomodan la cápsula, pero hacen una pausa antes de accionar la pequeña excavadora mecánica que abrió y cubrirá el hueco.

—¿Necesitan un momento? —pregunta el hombre a mamá—. Se puede encender incienso si lo desean.

Ella niega, pero voltea hacia Rikka cuando ella jala la manga de su vestido negro.

—¿Puedo dejar esto?

Saca su mano del bolsillo y le muestra a mamá el pequeño diente. Mamá asiente, incapaz de hablar, así que Rikka camina hasta la maceta, se inclina sobre ella y la observa por un momento antes de enterrar el diente cerca de los sensores.

Regresa junto a mamá, quien la toma de la mano y la aprieta como si necesitara ese contacto para mantenerse en pie. La pequeña excavadora mecánica se despierta y comienza su trabajo. Durante los diez minutos que le toma cubrir el hueco, el único sonido es el ruido metálico de la pala al subir y bajar. Rikka la observa sin alejar la mirada, no quiere ver a mamá, ya es bastante con sentir su mano que tiembla. Vuelve a pensar en pedir que se detenga todo, tal vez debería decir algo, quizá no está bien que dejen la maceta allí, podría volver con ellas, pero no encuentra las palabras. El temblor de mamá la calla cada vez que quiere hablar. Cuando la excavadora termina, el hombre vuelve a inclinarse y se aleja. Les da un momento.

Mamá no dice nada antes de dar vuelta para irse, pero Rikka se niega. Se pone dura, no se mueve.

—¿Qué pasa? —la voz es casi un suspiro.

—¿Papá no puede regresar con nosotros? Ya no quiero que se quede.

Mamá se arrodilla para quedar a su altura y Rikka nota que tiene los ojos rojos.

—Cariño, papá tiene que quedarse aquí. Te lo expliqué, ¿te acuerdas? Papá es un árbol ahora. Papá vive en la cápsula y ahora es un ginkgo y va a vivir en el bosque. Vendremos a visitarlo, te lo prometo.

Rikka mira el retoño, la tierra fresca a su alrededor hace que, entre los árboles grandes y frondosos del bosque, parezca más pequeño ahora que la maceta ya no se ve. El árbol se alimentó de las cenizas de su padre para permitirle crecer más rápido y grande que los ginkgos normales. Rikka sabe que son un mismo organismo, pero aun así no se mueve. Jiji nota su vacilación y la toma en brazos. Rikka siente que se le abre

un hueco adentro y por primera vez desde la noche en que Jiji la llevó a casa desde el hospital, se echa a llorar mientras se alejan. ¿Qué importa que el ginkgo represente renacimiento, que todos estos árboles estén limpiando el aire para que Rikka pueda jugar en la calle, que ahora en vez de cementerios haya bosques y los problemas forestales se hayan hecho personales? ¿Qué importa todo esto si papá se queda aquí y ella se va?

De aquella noche recuerda el sonido de la lluvia contra el parabrisas. Se mezclaba con la música clásica de la estación que papá siempre ponía. Rikka iba sentada atrás, leía en voz alta cada uno de los carteles que pasaban. Papá y mamá discutían enfrente. Recuerda el sonido de sus voces, aunque no recuerda qué decían, recuerda la cara de papá cuando se giró a pedirle que dejara de leer, recuerda la vergüenza que sintió, sus quejas, la llamada de atención, de pronto las luces que la cegaron y el sonido de un claxon que la ensordeció. Después de eso, la aceleración, el golpe y luego el silencio. Algo olía a quemado. Unos brazos la sacaron del auto, la voz de mamá, el sonido de ambulancias.

En sus recuerdos, el hospital es un manchón blanco del que sale y entra gente. La siguiente imagen clara es la llegada de la cápsula. Mamá le explicó esa mañana, un mes atrás, cómo abrirla, cómo mezclar la ceniza con tierra fresca para llenarla, cómo plantar la semilla modificada, cómo colocar los sensores y sellarla. Durante un mes, Rikka creó un ritual para observar cómo su padre se convertía en un árbol, pero ahora mientras se alejan, lo observa desde los brazos de Jiji y no puede evitar recordar entre los vidrios del auto, aquella noche, la misma silueta de ramas iluminadas en la oscuridad.



ANDREA CHAPELA (Ciudad de México, 1990) publicó entre 2009 y 2015 los cuatro tomos de la saga *Váudiz* con la editorial Urano. Estudió Química en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y un mfa en Escritura Creativa en Español en la Universidad de Iowa, donde también comenzó a traducir. Su tesis de maestría fue el poemario *Fundamentos de química aplicada*, del que se han publicado poemas y traducciones en revistas. En 2016 obtuvo la beca Jóvenes Creadores para un proyecto de cuentos de ciencia ficción llamado *Ansibles, perfiladores y otras máquinas de ingenio*. Algunos de estos cuentos han aparecido en las revistas *Samovar* y *TierraAdentro*, así como en la antología española *Alucinadas IV*. Es exalumna de la generación 2017 del

taller Clarion West. Actualmente vive en la Residencia de Estudiantes de Madrid con una beca de Creación del Ayuntamiento. Continúa traduciendo y escribiendo ensayo, poesía y ficción.

RIZOMA

LIBIA BRENDA/RICHARD ZELA



Language is a virus from Outer Space

William Burroughs (retomado por Laurie Anderson)

AÑO 2043

¡QUÉ NERVIOS.

¡CUAL SILENCIO
MARIA LUISA

VOY A CONOCER
A MI ESCRITORA
FAVORITA.



¿sí?



SOY
ALEX,

EL DE LA
ENTREVISTA.



ENTRA
Y CAMINA POR
EL PASILLO.



¡QUÉ
NERVIOS!

NO DOY
ENTREVISTAS
DESDE 2010.



DESPUÉS DE VNIR TANTO, O APRENDÍA A REÍRME DE CASI TODO, O ME AMARGABA.



YA LA VOY. AH, SÍ, QUE YA TE VOY A INTERROGAR.

¿TE IDENTIFICAS CON LA CATEGORÍA CHIMALIANA DE LITERATURA DE IMAGINACIÓN?

SÍ



¿Y POR QUÉ LA FORMA BREVE DEL CUENTO Y NO ALGO EXTENSO?

Uy, NO SÉ QUE RESPONDER. SIEMPRE ME HA...



¿Y TE GUSTA CÓMO VAN TUS OBRAS COMPLETAS?

AH!

LO DICES POR TU PRÓLOGO, ¿VERDAD?



¿Y ESE DIBUJO?



¿ES LA DEL CUENTO "LA FLOR"?



ES MUY RARO PORQUE NUNCA LA HE VISTO.

PORQUE QUERÍA ENCONTRARLA.

SÍ, ES LA FLOR DE TU CUENTO.

DE HECHO ESTUDIÉ BOTÁNICA ADEMÁS DE LETRAS,

POR FAVOR, ALEX, DEJA DE GRABAR.



HE SONADO LA FLOR DE TU TEXTO. Y SÉ QUE NO ES REAL.

PERO ASÍ ME VOLVÍ AFICIONADO A TUS CUENTOS,

POR EL SUEÑO.

SÍ,

¡ES LA MISMA!



¿CÓMO ES QUE SON IDENTICAS?

YO LA SONÉ MUCHAS VECES, PERO NO EXISTE EN EL MUNDO REAL.

ALEX, ¿PODRÍAS VENIR A MI ESTUDIO, POR FAVOR?

SI TE EXPLICO DE DÓNDE VIENE,

VAS A ENTENDER POR QUE LA FLOR QUE SONASTE ES LA MISMA DE ESTE PANUELO.



¿ES UNA LÍNEA DEL TIEMPO?

SI PUEDES LLAMARLA LÍNEA, SÍ.



¿SON ESQUEMAS PARA UN CUENTO? QUE COMPLICADO.

¿SON DE MUCHOS CUENTOS? ¿"GUTENBERG ERA GUAPLO"?

MMM, NO. ES EL MAPA DE MIS VIAJES.



¿DE TUS VIAJES?



HE VISITADO TODOS ESOS MOMENTOS.



¿COMO SI VIAJARAS EN EL TIEMPO?

ALEX, YA SÉ CÓMO SUENA, PERO SÍ, YO VIAJO EN EL TIEMPO.

¿CON TUS HISTORIAS?



JAJAJA, CLARO, COMO ERES ESCRITORA.

NO, NO ES POR ESO.

YO NACÍ EN EL FUTURO.







¡ESTA INCREÍBLE!

PASO HORAS AQUÍ DESDE HACE MUCHÍSIMOS AÑOS.

SOY BUENA JARDINERA, ¿EH?



¡ESTE ESPECIMEN ES DEL TERCIARIO! TODO LO QUE ME DIJISTE... ¿TE TRAJISTE ESAS PLANTAS?

SÍ, NO TENGO UN ALBUM DE FOTOS, TENGO UN JARDÍN DE LOS RECUERDOS.

CADA PLANTA ES EL SOUVENIR DE UN VIAJE.



¿ESTA ES LA FLOR?

SÍ, ES LA FLOR DEL CUENTO, DE TU BRAZO. LA FLOR QUE SUENAS.



¡NO PUEDE SER! SÍ EXISTE.

SUEÑO UNA FLOR DEL FUTURO.

EN MI TIEMPO, LA GENTE LOS LLAMA TULIPANES AZULES, AUNQUE NO SON DE LA MISMA ESPECIE.



¿PERO CÓMO NO LA VI MÁS QUE EN PALABRAS?



PORQUE EL LENGUAJE TAMBIÉN ES RIZOMÁTICO. HICISTE UNA CONEXIÓN Y LA FLOR ES TU PROPIA CAPACIDAD LATENTE DE IR Y VENIR POR EL RIZOMA DEL TIEMPO. FUNCIONA A TRAVÉS DE PALABRAS.



¿PODRÍA VIAJAR EN EL TIEMPO GRACIAS A ESTA FLOR?

NO. ES UNA FRASE QUE CONECTA TODO, PODRÍAS DESPLAZARTE EN EL TIEMPO SI TE LA DIJERA. A MÍ ME PASÓ LO MISMO, HACE MUCHO.



¿ESA FRASE HARÍA QUE VIAJARA EN EL TIEMPO?

¿ESTÁS SEGURO?

HACE UN RATO NO ME CREÍAS.

YO YA TENGO QUE VOLVER DEFINITIVAMENTE A MI TIEMPO NATURAL.

QUIERO CONOCERLA.

YA NO TENGO FUERZAS PARA MÁS VIAJES.

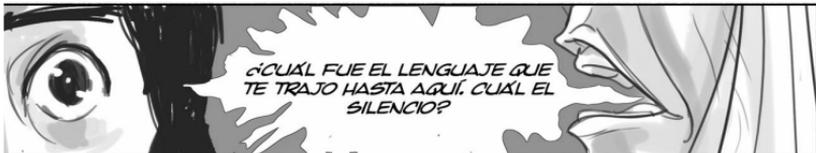


ESTOY SEGURO. VI LA FLOR QUE ME OBSESIONA, VI ESTE JARDÍN. YA ENTIENDO TU MAPA DEL TIEMPO.



ENTONCES AQUÍ NOS DESPEDIMOS.

RESPIRA PROFUNDO.



¿CUAL FUE EL LENGUAJE QUE TE TRAJÓ HASTA AQUÍ. CUAL EL SILENCIO?



AÑO 2243

ESPERO
QUE HAYA
CUIDADO BIEN
MI JARDÍN

BIENVENIDA,
A CASA,
MARÍA LUISA.

ES BUENO
ESTAR DE
VUELTA

MARÍA LUISA
-ALEX-

Querida María Luisa:

*Cuando tú llegues yo me habré ido hace mucho.
Espero que te guste cómo cuidé la biblioteca y cómo fui
aumentándola año con año.*

El viaje en el tiempo ha sido ...